



ATRAPANDO

A CERO

LA SERIE DE SUSPENSO DE ESPÍAS DEL AGENTE CERO—LIBRO 4

JACK MARS

Jack Mars
Atrapanda a Cero
Серия «La Serie de Suspenso De
Espías del Agente Cero», книга 4

http://www.litres.ru/pages/biblio_book/?art=63595881

ATRAPANDO A CERO:

ISBN 9781094306612

Аннотация

“No dormirás hasta que hayas terminado con AGENTE CERO. El autor hizo un excelente trabajo creando un conjunto de personajes que están muy desarrollados y que los disfrutarás mucho. La descripción de las escenas de acción nos transporta a la realidad, que es casi como sentarse en el cine con sonido envolvente y 3D (sería una increíble película de Hollywood). Difícilmente esperaré por la secuela”.

—Roberto Mattos, Books and Movie Reviews

En TRAMPA CERO (Libro #4), una célula terrorista en el Medio Oriente gana un nuevo y fanático líder, uno que intenta orquestar lo que sería el ataque más mortal en suelo norteamericano. ¿Podrá el Agente Cero descubrir el complot y detenerlo a tiempo?

Aunque las hijas del Agente Cero están en casa a salvo, la angustia mental de su experiencia pesa mucho sobre su pequeña familia. Cero,

trabajando para ser un buen padre y reparar el daño, decide que ha llegado el momento de someterse a una cirugía para recuperar todos sus recuerdos. Pero, ¿funcionará?

En medio de todo esto, de nuevo se ve obligado a cumplir con su deber cuando una embajada de los Estados Unidos es destruida en el Medio Oriente y al descubrir una nueva arma experimental. Pero sin sus recuerdos, con algunos de sus propios aliados de la CIA empeñados en su propia destrucción, ¿en quién puede confiar realmente?

TRAMPA CERO (Libro #4) es un thriller de espionaje insuperable que te mantendrá dando la vuelta a las páginas hasta altas horas de la noche.

“Escritura de suspenso en su esplendor”.

—Midwest Book Review (con respecto a Por Todos Los Medios Necesarios)

“Una de las mejores series de suspenso que he leído este año”.

—Books and Movie Reviews (con respecto a Por Todos Los Medios Necesarios)

También está disponible la serie #1 mejor vendida de Jack Mars, las series de THRILLER DE LUKE STONE (7 libros) que comienzan con Por Todos Los Medios Necesarios (Libro #1), ¡en descarga gratuita con más de 800 calificaciones de 5 estrellas!

Содержание

PRÓLOGO	10
CAPÍTULO UNO	25
CAPÍTULO DOS	33
CAPÍTULO TRES	41
CAPÍTULO CUATRO	52
CAPÍTULO CINCO	65
CAPÍTULO SEIS	73
CAPÍTULO SIETE	83
CAPÍTULO OCHO	96
CAPÍTULO NUEVE	107
Конец ознакомительного фрагмента.	115

Jack Mars

ATRAPANDO A CERO

A T R A P A N D O A C E R O

**(LA SERIE DE SUSPENSO DE ESPÍAS
DEL AGENTE CERO—LIBRO 4)**

J A C K M A R S

Jack Mars

Jack Mars es el autor de la serie de thriller de LUKE STONE, número uno en ventas de USA Today, que incluye siete libros. También es el autor de la nueva serie de precuelas LA FORJA DE LUKE STONE, que comprende tres libros (y subiendo); y de la serie de suspense de espías AGENTE ZERO, que comprende siete libros (y subiendo).

A Jack le encanta saber de ti, así que no dudes en visitar www.jackmarsauthor.com para unirte a la lista de correo electrónico, recibir un libro gratis, otros regalos, conectarte en Facebook y Twitter, ¡y mantener el contacto!

Copyright © 2019 por Jack Mars. Todos los derechos reservados. Excepto en lo permitido en la Ley de Derechos de Autor de Estados Unidos de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación, sin el permiso previo del autor. Este libro electrónico tiene licencia únicamente para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido o regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, por favor, compre una copia adicional para cada destinatario. Si está leyendo este libro y no lo ha comprado, o si no lo ha comprado sólo para su uso, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo de este autor. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, asuntos, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es enteramente una coincidencia. Imagen de la cubierta Copyright Getmilitaryphotos, utilizada bajo la licencia de Shutterstock.com.

LIBROS POR JACK MARS

UN THRILLER DE LUKE STONE

POR TODOS LOS MEDIOS NECESARIOS (Libro #1)

JURAMENTO DE CARGO (Libro #2)

LA FORJA DE LUKE STONE

OBJETIVO PRINCIPAL (Libro #1)

MANDO PRINCIPAL (Libro #2)

AMENAZA PRINCIPAL (Libro #3)

LA SERIE DE SUSPENSO DE ESPÍAS DEL AGENTE CERO

AGENTE CERO (Libro #1)

OBJETIVO CERO (Libro #2)

CACERÍA CERO (Libro #3)

ATRAPANDO A CERO (Libro #4)

Agente Cero – Resumen del Libro 3

Cuando sus hijas son secuestradas por un fantasma de su pasado, el Agente Cero debe hacer todo lo posible para recuperarlas, incluso si eso significa desafiar las órdenes directas de la CIA y ser repudiado por su propio gobierno.

Agente Cero: Aunque mató al asesino Rais y rescató a sus hijas de las manos de los traficantes de personas, ha sido repudiado por la CIA y fue visto por última vez siendo escoltado por tres agentes a un destino desconocido.

Maya y Sara Lawson: Después de su terrible experiencia en Europa del Este y el consiguiente rescate por parte de su padre, las hijas adolescentes del Agente Cero están física y mentalmente traumatizadas. Aunque están asombradas por su determinación de encontrarlas, ahora se dan cuenta de que es algo más de lo que dice ser.

Kate Lawson: Durante su última pelea con Rais, el Agente Cero recordó que su esposa no murió por causas naturales, sino que fue asesinada por un veneno mortal. Las últimas palabras de Rais alegaron que su asesino era de la CIA.

Agente Alan Reidigger: En una carta que le escribió a Cero

antes de su muerte, Reidigger divulgó el nombre del neurólogo suizo que instaló el supresor de memoria en la cabeza de Cero, quien también es la mejor opción para restaurar su memoria completamente.

Agente Maria Johansson: Maria reveló que está trabajando en dos bandos, no sólo la CIA sino también el FIS ucraniano, aunque afirma que está manipulando a ambos con la esperanza de descubrir una conspiración sobre una supuesta guerra que pronto ocurrirá.

Agente John Watson: Después de ser descubierto por ayudar al Agente Cero a recuperar a sus hijas, Watson ha sido detenido por la CIA junto con Maria Johansson.

Agente Todd Strickland: Un joven agente de la CIA y *ex-ranger* del ejército, Strickland fue inicialmente enviado tras el Agente Cero, pero en cambio terminó ayudándolo a él y a sus hijas, forjando una extraña amistad a raíz de su incidente.

Subdirector Shawn Cartwright: Aún no está claro de qué bando está, si es que tiene un bando. Cartwright ayudó a Cero indirectamente, pero también lo repudió mientras estaba desenfrenado en Europa del Este. Cero cree que es simplemente un diplomático, jugando con cualquier bando que lo beneficie.

PRÓLOGO

Reid Lawson estaba exhausto, dolorido y ansioso.

Pero por encima de todo, estaba confundido.

Menos de veinticuatro horas antes, había logrado rescatar a sus dos hijas adolescentes de las manos de los traficantes eslovacos. En el proceso había detenido dos trenes de carga, destruido inadvertidamente un prototipo de helicóptero muy caro, matado a dieciocho hombres y herido gravemente a más de una docena.

«¿Fueron dieciocho?» Había perdido la cuenta.

Ahora se encontraba esposado a una mesa de acero en una pequeña sala de detención sin ventanas, esperando la noticia de cuál sería su destino.

La CIA le había advertido. Los subdirectores le dijeron lo que pasaría si desafiaba sus órdenes y se ponía en marcha por su cuenta. Estaban desesperados por evitar otro ataque como el que había ocurrido dos años antes. Así es como lo llamaron, un «alboroto». Un violento y sangriento ataque a través de Europa y el Medio Oriente. Esta vez fue en Europa del Este, a través de Croacia, Eslovaquia y Polonia.

Le habían advertido, le habían amenazado con lo que pasaría. Pero Reid no vio ningún otro recurso. Eran sus hijas, sus niñas pequeñas. Ahora estaban a salvo, y Reid se había resignado a aceptar el final que le esperaba.

Además de la actividad de los últimos días y de una grave falta de sueño, se le habían suministrado analgésicos después de que se le trataran las lesiones. Había sufrido una puñalada superficial en su abdomen por su lucha con Rais, así como hematomas, algunos cortes y rasguños superficiales, un corte en un bíceps donde una bala lo rozó, y una leve conmoción cerebral. Nada lo suficientemente serio para evitar que fuera detenido.

No le dijeron su destino. No se le dijo nada en absoluto ya que tres agentes de la CIA, ninguno que reconociera, lo escoltaron silenciosamente desde el hospital en Polonia a un aeródromo y dentro de un avión. Sin embargo, se sorprendió un poco cuando llegó al aeropuerto internacional de Dulles en Virginia en lugar del sitio negro de la CIA Infierno-Seis en Marruecos.

Una patrulla de la policía lo había llevado desde el aeropuerto a la sede de la agencia, el Centro de Inteligencia George Bush en la comunidad no incorporada de Langley, Virginia. Desde allí fue llevado a la sala de detención de paredes de acero, en un nivel inferior, y esposado a una mesa que estaba atornillada al suelo, todo ello sin ninguna explicación por parte de nadie.

A Reid no le gustaba la forma en que los analgésicos le hacían sentir; su mente no estaba totalmente alerta. Pero no podía dormir, todavía no. Especialmente no en la incómoda posición en la mesa de acero, con la cadena de las esposas atada con un lazo de metal y apretada alrededor de sus dos muñecas.

Llevaba cuarenta y cinco minutos sentado en la habitación, preguntándose qué demonios pasaba y por qué no lo habían

tirado todavía a un agujero en el suelo, cuando la puerta finalmente se abrió.

Reid se puso de pie inmediatamente, o tanto como pudo mientras estaba esposado a la mesa. —¿Cómo están mis chicas? —preguntó rápidamente.

—Están bien —dijo el subdirector Shawn Cartwright—. Siéntense. —Cartwright era el jefe de Reid o, mejor dicho, había sido el jefe del Agente Cero, hasta que Reid fue repudiado por atacar para encontrar a sus chicas. A sus cuarenta, Cartwright era relativamente joven para ser director de la CIA, aunque su grueso y oscuro pelo había empezado a volverse ligeramente gris. Seguramente fue una coincidencia que empezara justo al mismo tiempo que Kent Steele había regresado de la muerte.

Reid regresó lentamente al asiento mientras Cartwright tomaba la silla frente a él y aclaraba su garganta. —El agente Strickland se quedó con tus hijas hasta que Sara fue dada de alta del hospital —explicó el director—. Están en un avión, los tres, camino a casa mientras hablamos.

Reid dio un breve suspiro de alivio, muy breve, ya que sabía la bomba que estaba a punto de caer.

La puerta se abrió de nuevo, y la ira se hinchó espontáneamente en el pecho de Reid cuando la subdirectora Ashleigh Riker entró en la pequeña habitación, llevando una falda gris lápiz y una chaqueta que hacía juego. Riker era la jefa del Grupo de Operaciones Especiales, una facción de la División de Actividades Especiales de Cartwright que se encargaba de las

operaciones internacionales encubiertas.

—¿Qué hace ella aquí? —Reid preguntó de forma directa. Su tono no era amistoso. Riker, en su opinión, no era de fiar.

Se sentó al lado de Cartwright y sonrió cálidamente. —Yo, señor Steele, tengo el distinguido placer de decirte a dónde irás ahora.

Se formó un nudo de terror en su estómago. Claro que a Riker le complacería imponer su castigo; su desdén por el Agente Cero, y apenas ocultaba sus tácticas. Reid se recordó a sí mismo que había puesto a salvo a sus chicas y sabía que esto iba a pasar.

Aun así, no lo hizo más fácil. —Bien —dijo con calma—. Entonces dime. ¿A dónde iré?

—A casa —dijo Riker simplemente.

La mirada de Reid fue de Riker a Cartwright y viceversa, sin saber si la había oído bien. —¿Disculpa?

—A casa. Vas a casa, Kent —Ella empujó algo a través de la mesa. Una pequeña llave de plata se deslizó sobre la superficie pulida hasta que estuvo a su alcance.

Era la llave de las esposas. Pero él no la tomó. —¿Por qué?

—Me temo que no sabría decirlo —Riker se encogió de hombros—. La decisión vino de más arriba.

Reid se burló. Se sintió aliviado, por decir lo menos, al oír que no sería arrojado a un pozo miserable como el I-6, pero esto no le pareció bien. Lo habían amenazado, repudiado, e incluso enviaron a otros dos agentes de campo tras él... ¿sólo para soltarlo de nuevo? ¿Por qué?

Los analgésicos que le habían dado adormecían su proceso de pensamiento; su cerebro era incapaz de resolver los detalles de lo que le decían. —No entiendo...

—Has estado fuera los últimos cinco días —interrumpió Cartwright—. Realizando entrevistas, investigando un libro de historia que estás editando. Tenemos nombres e información de contacto de varias personas que pueden corroborar la historia.

—El hombre que cometió las atrocidades en Europa del Este fue confrontado por el agente Strickland en Grodkow —dijo Riker—. Se descubrió que era un expatriado ruso que se hacía pasar por americano en un intento de causar una lucha internacional entre nosotros y las naciones del bloque oriental. Se enfrentó a un agente de la CIA y fue asesinado a tiros.

Reid parpadeó ante la avalancha de información falsa. Sabía lo que era esto; le estaban dando una coartada, la misma que se le daría a los gobiernos y a los organismos de aplicación de la ley de todo el mundo.

Pero no podría ser tan fácil. Algo estaba mal empezando con la extraña sonrisa de Riker. —Fui repudiado —dijo él—. Me amenazaron. Me ignoraron. Creo que se me debe una pequeña explicación.

—Agente Cero... —Riker empezó. Luego se rio un poco—. Lo siento, vieja costumbre. No eres un agente; ya no. Kent, no era nuestra decisión. Como dije, esto viene de más arriba. Pero la verdad es que, si miramos la suma y no las partes, has eliminado una red internacional de tráfico de personas que ha plagado a la

CIA y a la Interpol durante seis años.

—Eliminaste a Rais y, presumiblemente, lo último de Amón con él —añadió Cartwright.

—Sí, has matado personas —dijo Riker—. Pero se ha confirmado que todos ellos eran criminales, algunos de los peores de los peores. Asesinos, violadores, pedófilos. Por mucho que odie admitirlo, tengo que estar de acuerdo con la decisión de que hiciste más bien que mal.

Reid asintió lentamente, no porque estuviera de acuerdo con la lógica, sino porque se dio cuenta de que lo mejor que podía hacer en ese momento era dejar de discutir, aceptar el perdón y resolverlo más tarde.

Pero todavía tenía preguntas: ¿Qué quieres decir con que ya no soy un agente?

Riker y Cartwright intercambiaron una mirada. —Te van a trasladar —le dijo Cartwright—Es decir, si aceptas el trabajo.

—La División de Recursos Nacionales —dijo Riker—, es el ala doméstica de la CIA. Sigue estando dentro de la agencia, pero no requiere ningún trabajo de campo. Nunca tendrás que dejar el país, o a tus chicas. Reclutarás activos. Manejarás los interrogatorios. Reunirte con diplomáticos”.

—¿Por qué? —Reid preguntó.

—En pocas palabras, no queremos perderte —le dijo Cartwright—. Preferimos tenerte a bordo en otra función a que no estés con nosotros en lo absoluto.

—¿Qué hay del agente Watson? —Reid preguntó. Watson le

había ayudado a encontrar a sus chicas; había reunido equipo para él y sacó a Reid del país cuando lo necesitó. Como resultado, Watson había sido atrapado y detenido por ello.

—Watson está de baja médica por ocho semanas por su hombro —dijo Riker—. Imagino que volverá tan pronto como esté adecuadamente curado.

Reid levantó una ceja. —¿Y Maria? —Ella también le había ayudado, incluso cuando las órdenes de la CIA eran detener al Agente Cero.

—Johansson está en los Estados Unidos —dijo Cartwright—. Se está tomando unos días de descanso antes de ser reasignada. Pero volverá al campo.

Reid tuvo que evitar sacudir visiblemente su cabeza. Definitivamente algo estaba mal con esto... no era sólo que le perdonaran. Era todo el mundo asociado con su último alboroto. Pero también tenía el instinto que le decía que no era el momento ni el lugar para discutir sobre el regreso a casa.

Habría tiempo para eso más tarde, cuando su cerebro no estuviera agobiado por la falta de sueño y los analgésicos.

—Entonces... ¿eso es todo? —preguntó—. ¿Soy libre de irme?

—Libre de irse —Riker volvió a sonreír. A él no le gustaba nada la expresión de su cara.

Cartwright miró su reloj. —Tus hijas deberían llegar a Dulles en unas... dos horas más o menos. Hay un coche esperándote si lo quieres. Puedes asearte, cambiarte y estar allí para recibirlas.

Los dos subdirectores se levantaron de sus asientos y se

dirigieron a la puerta.

—Me alegro de tenerte de vuelta, Cero —Cartwright le guiñó un ojo antes de que se fuera.

Solo en la habitación, Reid miró la llave de las esposas de plata que tenía delante. Echó un vistazo a las cámaras montadas en las esquinas de la habitación.

Se iba a casa, pero algo estaba muy mal en eso.

*

Reid se apresuró hacia el estacionamiento de Langley, libre de las esposas y la sala de detención, libre de ser un agente de campo. Libre del miedo a las repercusiones contra aquellos a los que amaba. Libre de un agujero de tierra en el suelo en el I-6.

Una idea sorprendente lo impactó mientras navegaba por las puertas y salía a la calle. Podrían simplemente haberlo arrojado en el Infierno-Seis. Podrían haberlo amenazado con ello, manteniendo esa nube negra de no volver a ver a su familia sobre su cabeza. Pero no lo hicieron.

«Porque si lo hicieran, tendría todas las razones para hablar», razonó Reid. «No habría nada que me impidiera contarle todo si pensara que pasaría el resto de mi vida en un agujero».

Aunque parecía como si fuera hace semanas, sólo habían pasado cuatro días antes de que una memoria fragmentada hubiera regresado a él; antes del supresor de memoria, Kent Steele había reunido información acerca de una guerra

premeditada que el gobierno de los EE.UU. estaba diseñando. No se lo había contado a nadie, aunque le reveló a Maria que había recordado algo que podría suponer un gran problema para mucha gente.

Su consejo había sido simple y directo: «No puedes confiar en nadie más que en ti mismo».

No lo vio antes, en la sala de detención con su destino en cuestión y los analgésicos añadiendo su cerebro. Pero ahora lo veía. La agencia sabía que él sabía algo, pero no sabían cuánto sabía, o cuánto podría recordar. Él ni siquiera estaba seguro de cuánto sabía realmente.

Sacudió el pensamiento de su cabeza. Ahora que el dudoso resultado de su futuro se había resuelto, toda la tensión se drenó de sus hombros y se encontró fatigado y adolorido, bajo lo cual se creó una excitación burbujeante ante la idea de ver a sus chicas de nuevo.

Tenía dos horas antes de que el avión de las chicas aterrizara. Dos horas eran más que suficientes para ir a casa, ducharse, cambiarse y reunirse con ellas. Pero decidió renunciar a todo eso y se fue directamente al aeropuerto.

No quería volver a la casa vacía solo.

En cambio, estacionó en el estacionamiento pequeño de Dulles y entró por las rampas de llegada. Compró un café en un puesto de periódicos y se sentó en una silla de plástico, sorbiendo lentamente mientras mil pensamientos giraban en su cabeza, ninguno lo suficientemente largo como para ser considerado una

impresión consciente, pero cada uno pasando fugazmente antes de volver en ciclos como un torbellino.

Necesitaba llamar a Maria, decidió. Necesitaba escuchar su voz. Ella sabría qué decir, y aunque no lo hiciera, hablar con ella tenía algo que siempre parecía remediar su mente enferma. Reid no tenía su teléfono móvil, pero afortunadamente había teléfonos públicos en el aeropuerto, una rareza creciente en el siglo XXI. No tenía cambio para poner en la máquina, así que marcó primero el cero y luego el número de teléfono que se sabía de memoria.

No hubo respuesta. La línea sonó cuatro veces antes de ir al buzón de voz. No dejó ninguno. No estaba seguro de qué decir.

Por fin llegó el avión y una procesión de pasajeros que iban caminando rápidamente recorrió el largo pasillo, pasando por las puertas y el control de seguridad y llegando a los brazos de sus seres queridos o apresurándose a recoger el equipaje.

Strickland lo vio primero. El agente Todd Strickland era joven, veintisiete años, con un corte descolorido de estilo militar y un cuello grueso. Se manejaba con un gentil pavoneo que era de alguna manera accesible y autoritario al mismo tiempo. Lo más importante es que Strickland no parecía para nada sorprendido de ver a Reid; la CIA sin duda le habría dicho que Kent Steele había sido liberado. Simplemente asintió con la cabeza una vez a Reid mientras conducía a las dos adolescentes por el largo camino.

Parecía que Strickland no le había dicho a ninguna de sus hijas

que estaría allí a su llegada, y por eso Reid estaba agradecido. Maya lo vio después, y aunque sus piernas se movían, su mandíbula se aflojó con asombro. Sara parpadeó dos veces, y luego sus labios se abrieron de par en par en una sonrisa genuinamente eufórica. A pesar de que su brazo estaba enyesado y con un cabestrillo —ella se había roto el brazo después de caer de un tren en movimiento— corrió hacia él. —¡Papi!

Reid se arrodilló y la atrapó en un fuerte abrazo. Maya se apresuró justo después de su hermana menor, y los tres se abrazaron durante un largo momento.

—¿Cómo? —Maya le susurró roncamente al oído. A ambas chicas se les habían dado muchas razones para creer que no volverían a ver a su padre por lo que podría haber sido un largo tiempo.

—Hablaemos más tarde —prometió Reid. Soltó su agarre y se puso de pie delante de Strickland—. Gracias, por traerlas a casa a salvo.

Strickland asintió y estrechó la mano de Reid. —Sólo mantengo mi palabra. —En Europa del Este, Strickland y Reid habían llegado a una extraña especie de entendimiento mutuo, y el agente más joven había hecho la promesa de mantener a salvo a las dos chicas, tanto si Reid estaba cerca como si no—. Supongo que me iré —les dijo—. Ustedes dos pórtense bien. — Les sonrió a las chicas y se alejó de la pequeña familia.

El viaje a casa fue corto, sólo media hora, y Sara hizo que se sintiera aún más corto con su inusual charla. Le contó lo bien

que el agente Strickland las había tratado, y cómo los médicos en Polonia le dejaron elegir su propio color de yeso para el brazo, pero aun así eligió el beige ordinario para poder colorearlo ella misma con marcadores. Maya estaba sentada extrañamente tranquila en el asiento del pasajero, de vez en cuando mirando por encima del hombro a su hermana pequeña y sonriendo brevemente.

Luego llegaron a su casa en Alejandría, y fue como si la puerta principal fuera un vacío para cualquier pensamiento alegre o feliz. El ambiente se calentó un poco; la última vez que alguno de ellos puso un pie en el vestíbulo había habido un hombre muerto justo antes de la cocina. Dave Thompson, su vecino, era un agente retirado de la CIA que había sido asesinado por el hombre que había secuestrado a Maya y Sara.

Nadie habló mientras Reid cerraba la puerta y metía el código para activar el sistema de alarma. Las chicas parecían dudar incluso de dar un paso más dentro de la casa.

—Todo está bien —les dijo en voz baja, y aunque él mismo apenas lo creía, se dirigió a la cocina para demostrar que no había nada que temer. El equipo de limpieza de la escena del crimen había hecho un trabajo minucioso, pero era evidente por el fuerte olor a amoníaco y la limpieza de las baldosas que alguien había estado aquí, limpiando la sangre y eliminando cualquier rastro de que un asesinato había ocurrido.

—¿Alguien tiene hambre? —Reid preguntó, tratando de sonar sin problemas, pero muy fuerte y teatral.

—No —dijo Maya en voz baja. Sara negó con la cabeza.

—Bien. —La prolongada pausa que hubo a continuación fue palpable, como un globo invisible que se inflaba hasta un volumen imposible en el espacio que había entre ellos—. Bueno —dijo Reid finalmente, esperando reventarlo—, no sé ustedes dos, pero yo estoy exhausto. Creo que todos deberíamos descansar un poco.

Las chicas volvieron a asentir con la cabeza. Reid besó la parte superior de la cabeza de Sara y ella bajó sigilosamente por el vestíbulo, bordeando una pared, él lo notó, aunque no había nada que bloqueara su camino, y subió las escaleras.

Maya esperó, sin decir nada, pero escuchando atentamente las pisadas en las escaleras para llegar a la cima alfombrada. Se sacó los zapatos usando los dedos de cada pie opuesto, y luego preguntó muy repentinamente: ¿Está muerto?

Reid parpadeó dos veces. —¿Quién está muerto?

Maya no miró hacia arriba. —El hombre que nos llevó. El que mató al Sr. Thompson. Rais.

—Sí —dijo Reid en voz baja.

—¿Lo mataste? —Su mirada era dura, pero no enojada. Quería la verdad, no otra tapadera u otra mentira.

—Sí —admitió después de un largo momento.

—Bien —dijo ella en casi un susurro.

—¿Te dijo su nombre? —Reid preguntó.

Maya asintió con la cabeza, y luego lo miró sin vacilar. —Había otro nombre que él quería que yo conociera. Kent Steele.

Reid cerró los ojos y suspiró. De alguna manera Rais continuaba acosándolo, incluso desde más allá de la tumba. — Ya he terminado con ese asunto.

—¿Lo prometes? —Ella levantó ambas cejas, esperando que fuera sincero.

—Sí. Lo prometo.

Maya asintió. Reid sabía muy bien que no sería el final, era demasiado lista e inquisitiva para dejar las cosas como están. Pero por el momento, sus respuestas parecían satisfacerla y se dirigió hacia las escaleras.

Odiaba mentirles a sus hijas. Odiaba aún más mentirse a sí mismo. No había terminado con el trabajo de campo, tal vez con el trabajo de campo pagado, pero aún tenía mucho que hacer si quería llegar al fondo de la conspiración que acababa de empezar a desenterrar. No tenía elección; mientras supiera algo, seguía en peligro. Sus hijas podrían seguir en peligro.

Deseó por un momento no saber nada, poder olvidar lo que sabía de la agencia, de las conspiraciones, y ser sólo un profesor universitario y un padre para sus hijas.

«Pero no puedes. Así que tienes que hacer lo contrario».

No necesitaba menos recuerdos; ya lo había intentado antes y no había funcionado tan bien. Necesitaba más recuerdos. Cuanto más pudiera recordar sobre lo que sabía hace dos años, menos trabajo tendría que hacer para descubrir la verdad. Y tal vez no tendría que preocuparse por mucho tiempo.

Parado en la cocina a pocos metros de donde Thompson fue

asesinado, Reid tomó su decisión. Encontraría la vieja carta de Alan Reidigger y el nombre del neurólogo suizo que le había implantado el supresor de memoria en su cabeza.

CAPÍTULO UNO

Abdallah bin Mohammed estaba muerto.

El cuerpo del anciano yacía sobre una losa de granito en el patio del recinto, un grupo de estructuras beige con paredes encajonadas situadas a unos 80 km al oeste de Albaghdadi, en el desierto de Iraq. Fue allí donde la Hermandad sobrevivió a la expulsión de Hamas, así como al escrutinio de las fuerzas americanas durante la ocupación y la posterior democratización del país. Para cualquiera fuera de la Hermandad, el complejo era simplemente una comuna de chiitas ortodoxos; las redadas y las inspecciones forzadas de la propiedad no habían dado ningún resultado. Sus escondites estaban bien ocultos.

El anciano se había ocupado personalmente de su supervivencia, gastando su propia fortuna al servicio de la perpetuación de su ideología. Pero ahora, bin Mohammed estaba muerto.

Awad se paró estoicamente junto a la losa que contenía el cadáver ceniciento del viejo. Las cuatro esposas de Bin Mohammed ya habían dado el ghusl, lavando su cuerpo tres veces antes de envolverlo en blanco. Sus ojos estaban cerrados pacíficamente, sus manos cruzadas sobre su pecho, derecha sobre izquierda. No tenía ni una marca ni un rasguño; durante los últimos seis años había vivido y muerto en el recinto, no fuera de sus paredes. No había muerto por fuego de mortero o por ataques

de drones como tantos otros muyahidines.

—¿Cómo? —Awad preguntó en árabe—. ¿Cómo murió?

—Tuvo un ataque por la noche —dijo Tarek. El hombre más bajo estaba en el lado opuesto de la losa de piedra, de cara a Awad. Muchos en la Hermandad consideraban a Tarek como el segundo al mando de bin Mohammed, pero Awad sabía que su capacidad había sido poco más que la de mensajero y cuidador cuando la salud del anciano declinó—. La convulsión provocó un ataque al corazón. Fue instantáneo; no sufrió.

Awad puso una mano sobre el pecho inmóvil del viejo. Bin Mohammed le había enseñado mucho, no sólo de creencia sino también del mundo, sus muchas dificultades, y lo que significaba liderar.

Y él, Awad, vio ante él no sólo un cadáver sino una oportunidad. Tres noches antes Alá le había regalado un sueño, aunque ahora era difícil llamarlo así. Era un pronóstico. En él vio la muerte de bin Mohammed, y una voz le dijo que se levantaría y lideraría la Hermandad. La voz, estaba seguro, había pertenecido al Profeta, hablando en nombre del Único Dios Verdadero.

—Hassan está en una redada de municiones —dijo Tarek en voz baja—. Aún no sabe que su padre ha fallecido. Regresa hoy; pronto sabrá que el manto de la dirección de la Hermandad recae sobre él...

—Hassan es débil —dijo Awad de repente, con mayor dureza de la que pretendía—. Mientras la salud de Bin Mohammed declinaba, Hassan no hizo nada para evitar que nos debilitáramos

proporcionalmente.

—Pero... —Tarek dudó; era consciente del mal genio de Awad

—. Los deberes de liderazgo recaen en el hijo mayor...

—Esto no es una dinastía —afirmó Awad.

—Entonces ¿quién...? —Tarek se alejó cuando se dio cuenta de lo que Awad estaba sugiriendo.

El joven entrecerró los ojos, pero no dijo nada. No necesitaba hacerlo; una mirada era más que suficiente amenaza. Awad era joven, aún no tenía treinta años, pero era alto y fuerte, con una mandíbula tan rígida e inflexible como su creencia. Pocos hablarían en su contra.

—Bin Mohammed quería que yo liderara —le dijo Awad a Tarek—. Lo dijo él mismo. —Eso no era del todo cierto; el anciano había dicho en varias ocasiones que veía el potencial de grandeza en Awad, y que era un líder natural de los hombres. Awad interpretó las declaraciones como una declaración de las intenciones del anciano.

—No me dijo nada de eso —se atrevió a decir Tarek, aunque lo dijera en voz baja. Su mirada se dirigió hacia abajo, sin encontrarse con los ojos oscuros de Awad.

—Porque sabía que tú también eres débil —desafió Awad—. Dime, Tarek, ¿cuánto tiempo hace que no te aventuraste fuera de estos muros? ¿Cuánto tiempo has vivido de la caridad y la seguridad de Bin Mohammed, despreocupado por las balas y las bombas? —Awad se inclinó hacia adelante, sobre el cuerpo del viejo, mientras añadía en silencio—: ¿Cuánto tiempo crees que

durarás con sólo ropa en la espalda cuando tome el poder y te expulse?

El labio inferior de Tarek se movió, pero ningún sonido escapó de su garganta. Awad sonrió con suficiencia; el pequeño Tarek, con su papada, tenía miedo.

—Continúa —le dijo Awad—. Di lo que piensas.

—Cuánto tiempo... —Tarek engulló—. ¿Cuánto tiempo crees que durarás dentro de estos muros sin la financiación de Hassan bin Abdallah? Estaremos en la misma posición. Sólo que en lugares diferentes.

Awad sonrió. —Sí. Eres astuto, Tarek. Pero tengo una solución. —Se inclinó sobre la losa y bajó la voz—. Corroborar mi afirmación.

Tarek levantó la vista bruscamente, sorprendido por las palabras de Awad.

—Diles que has oído lo que yo he oído —continuó—. Diles que Abdallah bin Mohammed me nombró líder tras su fallecimiento, y te juro que siempre tendrás un lugar en la Hermandad. Recuperaremos nuestra fuerza. Daremos a conocer nuestro nombre. Y la voluntad de Alá, la paz sea con Él, se hará.

Antes de que Tarek pudiera responder, un centinela gritó al otro lado del patio. Dos hombres abrieron las pesadas puertas de hierro justo a tiempo para que dos camiones las atravesaran, con las huellas de sus neumáticos llenos de arena húmeda y barro de la lluvia reciente.

Ocho hombres salieron —todos los que se habían ido estaban

de regreso—, pero incluso desde su posición ventajosa Awad podía decir que la redada había ido mal. No había municiones ganadas.

De los ocho, uno dio un paso adelante, con los ojos muy abiertos, mientras miraba fijamente la losa de piedra entre Awad y Tarek. Hassan bin Abdallah bin Mohammed tenía treinta y cuatro años, pero aún tenía el aspecto demacrado de un adolescente, sus mejillas poco profundas y su barba irregular.

Un suave gemido escapó de los labios de Hassan al reconocer la figura que yacía quieta en la losa. Corrió hacia ella, con sus zapatos levantando arena detrás de él. Awad y Tarek retrocedieron, dándole espacio mientras Hassan se arrojaba sobre el cuerpo de su padre y sollozaba con fuerza.

Débil. Awad se mofó de la escena ante él. «Tomar el control de la Hermandad será fácil».

Esa noche en el patio, la Hermandad realizó el *Salat-al-Janazah*, las oraciones funerarias para Abdallah bin Mohammed. Cada persona presente se arrodilló en tres filas frente a la Meca, con su hijo Hassan más cerca de su cuerpo y sus esposas siguiendo el final de la tercera fila.

Awad sabía que inmediatamente después de los ritos, el cuerpo sería enterrado; la tradición musulmana dictaba que el cuerpo debía ser enterrado tan pronto como fuera posible después de la muerte. Fue el primero en levantarse de la oración, e invocó su voz más ferviente mientras hablaba. —Mis hermanos —comenzó—. Es con gran dolor que encomendamos a Abdallah

bin Mohammed a la tierra.

Todos los ojos se volvieron hacia él, algunos confundidos por su repentina interrupción, pero nadie se levantó o habló en su contra.

—Han pasado seis años desde que la hipocresía de Hamas nos vio exiliados de Gaza —continuó Awad—. Seis años hemos sido desterrados al desierto, viviendo de la caridad de bin Mohammed, buscando y asaltando lo que podemos. Seis años hemos vivido una mentira y hemos habitado en las sombras de Hamas. De Al-Qaeda. De ISIS. De Amón.

Hizo una pausa cuando se encontró con cada par de ojos sucesivamente. —No más. La Hermandad ya no se esconderá más. He ideado un plan y antes de la muerte de Abdallah, le detallé mi plan y recibí su bendición. Nosotros, hermanos, promulgaremos este plan y afirmaremos nuestra fe. Haremos perecer a los herejes y el mundo entero conocerá a la Hermandad. Se los prometo.

Muchas, incluso la mayoría de las cabezas asintieron en el patio. Un hombre se levantó, un hermano duro y algo cínico llamado Usama. —¿Y cuál es este plan, Awad? —preguntó, con una voz desafiante—. ¿Qué gran plan tienes en mente?

Awad sonrió. —Vamos a orquestar la más santa *yihad* que se haya cometido en suelo americano. Una que hará que el ataque de Al-Qaeda a Nueva York parezca inútil.

—¿Cómo? —Usama exigió—. ¿Cómo lograremos esto?

—Todo será revelado —dijo Awad pacientemente—. Pero no

esta noche. Esta es una noche de reverencia.

Awad tenía un plan. Era uno que había estado construyendo en su mente desde hace algún tiempo. Sabía que era posible; había hablado con el libio y se había enterado de los periodistas israelíes y del agregado del Congreso de Nueva York que pronto estaría en Bagdad. Fue una casualidad, la forma en que todo parecía estar en su lugar, incluyendo la muerte de Abdallah. Awad había llegado incluso a negociar un acuerdo preliminar con el traficante de armas que tenía acceso al equipo necesario para el ataque a la ciudad de EE.UU., pero había mentido acerca de compartirlo con Abdallah. El viejo era un líder, un amigo y un benefactor de la Hermandad, y por eso Awad estaba agradecido, pero nunca habría aceptado. Requería una financiación sustancial, recursos que podían amenazar con llevar a la bancarrota sus recursos si se estropeaba.

Y debido a ese requisito, Awad sabía que tendría que congraciarse con Hassan bin Abdallah. El deber de enterrar normalmente recaía en los parientes masculinos más cercanos, pero Awad apenas podía imaginar los largos y delgados brazos de Hassan logrando cavar un agujero lo suficientemente profundo. Además, ayudar a Hassan les daría la oportunidad de unirse y discutir los planes de Awad.

—Hermano Hassan —dijo Awad—. Espero que me honres permitiéndome ayudarte a enterrar a Abdallah.

El anémico Hassan le devolvió la mirada y asintió con la cabeza una vez. Awad pudo ver en los ojos del joven que

estaba petrificado ante la idea de liderar la Hermandad. Los dos rompieron filas en las tres líneas de oración para conseguir palas.

Una vez que estuvieron fuera del alcance de los otros, bañados en la luz de la luna del patio abierto, Hassan aclaró su garganta y preguntó: ¿Cuál es tu plan, Awad?

Awad bin Saddam se abstuvo de sonreír. —Comienza —dijo—, con el secuestro de tres hombres, mañana, no muy lejos de aquí. Termina con un ataque directo a la ciudad de Nueva York. —Se detuvo y puso una mano pesada en el hombro de Hassan—. Pero no puedo orquestar esto solo. Necesito tu ayuda, Hassan.

La garganta de Hassan se contrajo y asintió con la cabeza.

—Te prometo —dijo Awad—, que esa nación devastada por el pecado de codiciosos apóstatas sufrirá una pérdida incalculable. La Hermandad será finalmente reconocida como una fuerza del islam.

Y, se guardó para sí mismo, «el nombre Awad bin Saddam encontrará su lugar en la historia».

CAPÍTULO DOS

—Recuerden, recuerden, el cinco de noviembre —dijo el profesor Lawson mientras se paseaba ante un aula de cuarenta y siete estudiantes en el Salón Healy de la Universidad de Georgetown—. ¿Qué significa eso?

—¿Que no te das cuenta de que sólo es abril? —bromeó un chico de pelo castaño en la primera fila.

Unos cuantos estudiantes se rieron. Reid sonrió; este era su elemento, el aula, y se sentía muy bien al estar de vuelta. Casi como si las cosas hubieran vuelto a la normalidad. —No del todo. Esa es la primera línea de un poema que conmemora un evento importante -o un evento cercano, si lo prefieres- en la historia de Inglaterra. El cinco de noviembre, ¿alguien?

Una joven morena unas filas atrás levantó educadamente su mano y dijo: ¿Día de Guy Fawkes?

—Sí, gracias —Reid miró rápidamente su reloj. Se había convertido en un hábito recientemente, casi un tic idiosincrásico para comprobar la pantalla digital para las actualizaciones—. Aunque no se celebra tan ampliamente como antes, el 5 de noviembre marca el día de un fallido complot de asesinato. Todos habéis oído el nombre de Guy Fawkes, estoy seguro.

Las cabezas asintieron con la cabeza y los murmullos de aprobación se elevaron de la clase.

—Bien. Así que, en 1605, Fawkes y otros doce cómplices

idearon un plan para volar la Cámara de los Lores, la cámara alta del Parlamento, durante una asamblea. Pero los miembros de la Cámara de los Lores no eran su verdadero objetivo; su meta era asesinar al Rey Jaime I, que era protestante. Fawkes y sus amigos querían restaurar a un monarca católico en el trono.

Volvió a mirar su reloj. Ni siquiera quería hacerlo; fue un reflejo.

—Mmm... —Reid se aclaró la garganta—. Su plan era bastante simple. Durante algunos meses, guardaron treinta y seis barriles de pólvora en un sótano -básicamente una bodega- directamente bajo el Parlamento. Fawkes era el hombre del gatillo; debía encender una mecha larga y luego correr como el demonio al Támesis.

—Como un dibujo animado de El Coyote y el Correcaminos —dijo el comediante en el frente.

—Más o menos —Reid estuvo de acuerdo—. Por lo que su intento de asesinato se conoce hoy como el complot de la pólvora. Pero nunca llegaron a encender la mecha. Alguien avisó a un miembro de la Cámara de los Lores de forma anónima, y los sótanos fueron registrados. La pólvora y los Fawkes fueron descubiertos...

Miró su reloj. No mostraba nada más que la hora.

—Y, ummm... —Reid se burló suavemente de sí mismo—. Lo siento, amigos, estoy un poco distraído hoy. Fawkes fue descubierto, pero se negó a entregar a sus cómplices, al principio. Fue enviado a la Torre de Londres, y durante tres días fue

torturado...

Una visión pasó repentinamente por su mente; no una visión sino un recuerdo, intrusivamente metiéndose en su cabeza al mencionar la tortura.

«Un sitio negro de la CIA en Marruecos. Nombre en clave I-6. Conocido por la mayoría por su alias Infierno-Seis».

«Un iraní cautivo está atado a una mesa con una ligera inclinación. Tiene una capucha sobre su cabeza. Le presionas una toalla sobre la cara».

Reid se estremeció cuando un escalofrío le recorrió la columna vertebral. El recuerdo era uno que ya había tenido antes. En su otra vida como agente de la CIA Kent Steele, había realizado “técnicas de interrogación” a terroristas capturados para obtener información. Así es como la agencia las llamó: técnicas. Cosas como el submarino, los tornillos de pulgar y el tirón de uñas.

Pero no eran técnicas. Era una tortura, simple y llanamente. No muy diferente a la de Guy Fawkes en la Torre de Londres.

«Ya no haces eso», se recordó a sí mismo. «No eres así».

Se aclaró la garganta de nuevo. —Durante tres días fue... interrogado. Eventualmente dio los nombres de otros seis y todos ellos fueron sentenciados a muerte. El complot para volar el Parlamento y el Rey James I desde la clandestinidad fue frustrado, y el 5 de noviembre se convirtió en un día para celebrar el fallido intento de asesinato...

«Una capucha sobre su cabeza. Una toalla sobre su cara».

«Agua, vertiéndose. No se detiene. El cautivo golpea tan fuerte que se rompe su propio brazo».

—¡Dime la verdad!

—¿Profesor Lawson? —Era el chico de pelo castaño de la primera fila. Estaba mirando a Reid... todos lo hacían. «¿Acabo de decir eso en voz alta? No creía que lo hubiera hecho, pero el recuerdo se le había metido en el cerebro y posiblemente hasta su boca. Todos los ojos estaban puestos en él, algunos estudiantes murmuraban entre ellos mientras él estaba de pie allí torpemente y con la cara enrojecida.

Miró su reloj por cuarta vez en menos de unos minutos.

—Ummm, lo siento —se rio nerviosamente—. Parece que es todo el tiempo que tenemos hoy. Quiero que todos ustedes lean sobre Fawkes y las motivaciones detrás del complot de la pólvora, y el lunes retomaremos con el resto de la Reforma Protestante y comenzaremos con la Guerra de los Treinta Años.

La sala de conferencias se llenó con los sonidos del movimiento de los pies y el crujido de los estudiantes cuando recogieron sus libros y bolsas y empezaron a salir del aula. Reid se frotó la frente; sintió que se le acercaba un dolor de cabeza, cada vez más frecuente en estos días.

El recuerdo del disidente torturado perduraba como una niebla espesa. Eso también había estado sucediendo más a menudo últimamente; pocos recuerdos nuevos habían regresado a él, pero los que habían sido restaurados anteriormente volvían más fuertes, más viscerales. Como un déjà vu, excepto que él

sabía que había estado allí. No era sólo un sentimiento; había hecho todas esas cosas y otras más.

—Profesor Lawson —Reid levantó la vista, sacudido por sus pensamientos cuando una joven rubia se acercó a él, echando un bolso sobre su hombro—. ¿Tienes una cita esta noche o algo así?"

—¿Perdón? —Reid frunció el ceño, confundido por la pregunta.

La joven sonrió. —Noté que mirabas tu reloj como cada treinta segundos. Me imaginé que debía tener una cita caliente esta noche.

Reid forzó una sonrisa. —No, nada de eso. Sólo... espero ansioso el fin de semana.

Ella asintió apreciablemente. —Yo también. Que tenga un buen día, profesor. —Se giró para salir del aula, pero se detuvo, echó una mirada por encima del hombro y preguntó—: ¿Te gustaría alguna vez?

—¿Disculpa? —preguntó vagamente.

—Tener una cita. Conmigo.

Reid parpadeó, aturdido en silencio. —Yo...

—Piénsalo. —Sonrió de nuevo y se fue.

Se quedó allí por un largo momento, tratando de procesar lo que acababa de suceder. Cualquier recuerdo de tortura o de sitios negros que pudiera haber persistido, fue apartado por la inesperada petición. Conocía al estudiante bastante bien; ella se había reunido con él unas cuantas veces durante sus horas de oficina para revisar el trabajo del curso. Se llamaba Karen; tenía

veintitrés años y era una de las más brillantes de su clase. Se había tomado un par de años libres después de la escuela secundaria antes de ir a la universidad y viajó, sobre todo por Europa.

Casi se golpeó en la frente con la repentina comprensión de que sabía más de lo que debía sobre la joven. Esas visitas a la oficina no habían sido para ayudar en la asignación; ella estaba enamorada del profesor. Y era innegablemente hermosa —si Reid se permitía por un momento pensar así— lo que normalmente no hacía, ya que hacía tiempo que se había hecho adepto a compartimentar los atributos físicos y mentales de sus estudiantes y a centrarse en la educación.

Pero la chica, Karen, era muy atractiva, de pelo rubio y ojos verdes, delgada pero atlética, y...

—Oh —dijo en voz alta a la clase vacía.

Le recordaba a Maria.

Habían pasado cuatro semanas desde que Reid y sus chicas habían vuelto de Europa del Este. Dos días después Maria fue enviada a otra operación, y a pesar de sus mensajes y llamadas a su móvil personal, no supo nada de ella desde entonces. Se preguntó dónde estaba, si estaba bien... y si ella seguía sintiendo lo mismo por él. Su relación se había vuelto tan compleja que era difícil decir dónde estaban. Una amistad que casi se había vuelto romántica se vio temporalmente amargada por la desconfianza y, eventualmente, por aliados distanciados en el lado equivocado del encubrimiento del gobierno.

Pero ahora no era el momento de pensar en lo que Maria sentía

por él. Había prometido volver a la conspiración, para tratar de descubrir más de lo que sabía entonces, pero con el regreso a la enseñanza, su nuevo puesto en la agencia, y el cuidado de sus niñas, apenas tenía tiempo para pensar en ello.

Reid suspiró y revisó su reloj otra vez. Recientemente había derrochado y comprado un reloj inteligente que se conectaba a su teléfono móvil por Bluetooth. Incluso cuando su teléfono estaba en su escritorio o en otra habitación, seguía siendo alertado por mensajes de texto o llamadas. Y mirarlo frecuentemente se había vuelto tan instintivo como parpadear. Tan compulsivo como rascarse la picazón.

Le había enviado un mensaje a Maya justo antes de que empezara la conferencia. Normalmente sus textos eran preguntas aparentemente inocuas, como «¿Qué quieres para cenar?» o «¿Necesitas que compre algo de camino a casa?» Pero Maya no era tonta; sabía que él las controlaba, sin importar cómo tratara de presentarlo. Especialmente porque tendía a enviar un mensaje o hacer una llamada cada hora más o menos.

Era lo suficientemente inteligente como para reconocer lo que era esto. La neurosis sobre la seguridad de sus chicas, su compulsión por reportarse y la consiguiente ansiedad esperando una respuesta; incluso la fuerza y el impacto de los flashbacks que soportó. Tanto si estaba dispuesto a admitirlo como si no, todos los signos apuntaban a algún grado de trastorno de estrés postraumático por las pruebas por las que había pasado.

No obstante, su desafío para superar el trauma, su camino para

volver a una vida que se asemejaba a la normalidad, e intentar conquistar la angustia y la consternación de lo sucedido, no era nada comparado con lo que sus dos hijas adolescentes estaban pasando.

CAPÍTULO TRES

Reid abrió la puerta de su casa en los suburbios de Alexandria, Virginia, balanceando una caja de pizza sobre la palma de su mano, y marcó el código de seis dígitos de la alarma en el panel cerca de la puerta principal. Había actualizado el sistema sólo unas semanas antes. Este nuevo enviaría una alerta de emergencia tanto al 911 como a la CIA si el código no se introducía correctamente en los 30 segundos siguientes a la apertura de cualquier punto de salida.

Fue una de las varias precauciones que Reid tomó desde el incidente. Ahora había cámaras, tres en total; una montada sobre el garaje y dirigida hacia la entrada y la puerta delantera, otra escondida en el reflector sobre la puerta trasera, y una tercera fuera de la puerta de la habitación del pánico en el sótano, todas ellas en un bucle de grabación de veinticuatro horas. También había cambiado todas las cerraduras de la casa; su antiguo vecino, el ahora fallecido Sr. Thompson, tenía una llave de las puertas delantera y trasera y sus llaves fueron tomadas cuando el asesino Rais robó su camión.

Por último, y quizás lo más importante, era el dispositivo de rastreo implantado en cada una de sus hijas. Ninguna de ellas era consciente de ello, pero ambas habían recibido una inyección bajo el disfraz de una vacuna antigripal que les implantó un rastreador GPS subcutáneo, pequeño como un grano de arroz,

en la parte superior de sus brazos. No importaba en qué parte del mundo estuvieran, un satélite lo sabría. Había sido idea del agente Strickland, y Reid estuvo de acuerdo sin dudarlo. Lo más extraño fue que a pesar del alto costo de equipar a dos civiles con tecnología de la CIA, el subdirector Cartwright lo aprobó aparentemente sin pensarlo dos veces.

Reid entró en la cocina y encontró a Maya tirada en la sala de estar adyacente, viendo una película en la televisión. Estaba tumbada de lado en el sofá, todavía en pijama, con las dos piernas colgando del extremo más alejado.

—Hola —Reid puso la caja de pizza en el mostrador y se encogió de hombros con su chaqueta de tweed—. Te envié un mensaje de texto. No contestaste.

—El teléfono está arriba cargándose —dijo Maya perezosamente.

—¿No puede estar cargándose aquí abajo? —preguntó con fuerza.

Ella simplemente se encogió de hombros a cambio.

—¿Dónde está tu hermana?

—Arriba —bostezó—. Creo.

Reid suspiró. —Maya...

—Ella está arriba, papá. Cielos.

Por mucho que quisiera regañarla por su petulante actitud de los últimos días, Reid se mordió la lengua. Aún no sabía el alcance total de lo que había pasado a cualquiera de ellas durante el incidente. Así es como se refería a ello en su mente, como «el

incidente». Fue una sugerencia del psicólogo de Sara de darle un nombre, una forma de referirse a los eventos en la conversación, aunque nunca lo había dicho en voz alta.

La verdad es que apenas hablaban de ello.

Sabía por los informes de los hospitales, tanto en Polonia como en una evaluación secundaria en los Estados Unidos, que, si bien sus dos hijas habían sufrido heridas leves, ninguna de ellas había sido violada. Sin embargo, había visto de primera mano lo que había sucedido a algunas de las otras víctimas de la trata. No estaba seguro de estar preparado para conocer los detalles de la terrible prueba que habían vivido por su culpa.

Reid subió las escaleras y se detuvo un momento fuera de la habitación de Sara. La puerta estaba entreabierta unos centímetros; se asomó y la vio tendida sobre sus mantas, de cara a la pared. Su brazo derecho descansaba sobre su muslo, todavía envuelto en un yeso beige desde el codo hacia abajo. Mañana tenía una cita con el doctor para ver si el yeso estaba listo para ser retirado.

Reid empujó la puerta para abrirla suavemente, pero aun así chirriaba en sus bisagras. Sara, sin embargo, no se movió.

— ¿Estás dormida? —preguntó suavemente.

—No —murmuró ella.

—Yo... he traído una pizza a casa.

—No tengo hambre —dijo rotundamente.

No había comido mucho desde el incidente; de hecho, Reid tuvo que recordarle constantemente que bebiera agua, o de lo

contrario casi no consumiría nada. Entendía las dificultades de sobrevivir a un trauma mejor que la mayoría, pero esto se sentía diferente. Más grave.

La psicóloga a la que Sara había estado viendo, la Dra. Branson, era una mujer paciente y compasiva que vino altamente recomendada y certificada por la CIA. Sin embargo, según sus informes, Sara hablaba poco durante sus sesiones de terapia y respondía a las preguntas con la menor cantidad de palabras posible.

Se sentó en el borde de su cama y le cepilló el pelo de la frente. Ella se estremeció ligeramente al tocarla.

—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó en voz baja.

—Sólo quiero estar sola —murmuró ella.

Él suspiró y se levantó de la cama. —Lo entiendo —dijo con empatía—. Aun así, me gustaría mucho que bajaras y te sentaras con nosotros, como una familia. Tal vez tratar de comer algunos bocados.

Ella no dijo nada en respuesta.

Reid suspiró de nuevo mientras bajaba las escaleras. Sara estaba claramente traumatizada; era mucho más difícil comunicarse con ella que antes, en febrero, cuando las chicas tuvieron un encuentro con dos miembros de la organización terrorista Amón en un muelle de Nueva Jersey. Había pensado que era malo entonces, pero ahora su hija menor no tenía ninguna alegría, a menudo dormía o se acostaba en la cama y no miraba nada en particular. Incluso cuando estaba allí físicamente, se

sentía como si apenas estuviera allí.

En Croacia, Eslovaquia y Polonia, todo lo que quería era recuperar a sus chicas. Ahora que las había devuelto a salvo a su casa, todo lo que quería era tener a sus niñas de vuelta, aunque en una capacidad muy diferente. Quería que las cosas fueran como eran antes de todo esto.

En el comedor, Maya estaba colocando tres platos y vasos de papel alrededor de la mesa. Observó mientras se servía un refresco, tomaba una rebanada de pepperoni de la caja y mordía la punta.

Mientras ella masticaba, él preguntó: Entonces ¿has pensado en volver a la escuela?

Su mandíbula trabajaba en círculos ya que lo miraba de manera uniforme. —No creo que esté lista todavía —dijo después de un rato.

Reid asintió como si estuviera de acuerdo, aunque pensó que cuatro semanas de descanso eran suficientes y que la vuelta a la costumbre sería buena para ellos. Ninguna de las dos había vuelto a la escuela tras el incidente; Sara claramente no estaba preparada, pero Maya parecía estar en condiciones de reanudar sus estudios. Era inteligente, casi una amenaza; incluso cuando era una estudiante de secundaria, había estado tomando algunos cursos a la semana en Georgetown. Se verían bien en una solicitud de ingreso a la universidad y le darían un impulso para obtener un título, pero sólo si los terminaba.

Había estado yendo a la biblioteca varias veces a la semana

para sesiones de estudio, lo cual era al menos un comienzo. Era su intención tratar de pasar el final para no reprobado. Pero incluso siendo tan inteligente como ella, Reid tenía sus dudas de que fuera suficiente.

Escogió sus palabras con cuidado mientras decía: Quedan menos de dos meses de clases, pero creo que eres lo suficientemente lista para ponerte al día si regresas.

—Tienes razón —dijo mientras arrancaba otro bocado de pizza—. Soy lo suficientemente inteligente.

Le dio una mirada de reojo. —Eso no es lo que quise decir, Maya...

—Oh, hola chillona —dijo de repente.

Reid levantó la vista sorprendido cuando Sara entró en el comedor. Su mirada barrió el suelo mientras se dirigía a una silla como una tímida ardilla. Quería decir algo, ofrecer algunas palabras de aliento o simplemente decirle que estaba contento de que decidiera unirse a ellos, pero se contuvo. Era la primera vez en al menos dos semanas, tal vez más, que había bajado a cenar.

Maya sacó una rebanada de pizza en un plato y se la dio a su hermana. Sara dio un pequeño, casi imperceptible mordisco a la punta, sin levantar la vista hacia ninguno de ellos.

La mente de Reid corrió, buscando algo que decir, algo que pudiera hacer que esto pareciera una cena familiar normal y no la situación tensa, silenciosa y dolorosamente incómoda que era.

—¿Pasó algo interesante hoy? —dijo al final, regañándose inmediatamente por el intento fallido.

Sara sacudió un poco la cabeza, mirando el mantel.

—Vi un documental sobre pingüinos —ofreció Maya.

—¿Aprendiste algo genial? —preguntó él.

—En realidad no.

Y así fue, volviendo al silencio y la tensión.

«Di algo significativo», su mente le gritó. «Ofréceles apoyo.

Hazles saber que pueden abrirse a ti sobre lo que pasó. Todos ustedes sobrevivieron a un trauma. Sobrevivan juntos».

—Escuchen —dijo—. Sé que no ha sido fácil últimamente.

Pero quiero que ambas sepan que está bien que me hablen de lo que pasó. Pueden hacerme preguntas. Seré honesto.

—Papá... —Maya empezó, pero él levantó una mano.

—Por favor, esto es importante para mí —dijo—. Estoy aquí para ustedes, y siempre lo estaré. Sobrevivimos a esto juntos, los tres, y eso prueba que no hay nada que nos pueda separar...

Se detuvo, su corazón se rompió de nuevo cuando vio que las lágrimas se derramaban por las mejillas de Sara. Continuó mirando hacia abajo a la mesa mientras lloraba, sin decir nada, con una mirada lejana que sugería que estaba en otro lugar que no fuera el presente mental con su hermana y su padre.

—Cariño, lo siento —Reid se levantó para abrazarla, pero Maya llegó primero. Ella abrazó a su hermana menor mientras Sara sollozaba en su hombro. No había nada que Reid pudiera hacer más que pararse ahí torpemente y mirar. No hubo palabras de simpatía; cualquier expresión de cariño que pudiera ofrecer sería poco más que poner una tirita en un agujero de bala.

Maya cogió una servilleta de la mesa y frotó suavemente las mejillas de su hermana, alisando el pelo rubio de su frente. — Oye —dijo en un susurro—. ¿Por qué no subes y te acuestas un rato? Vendré a ver cómo estás pronto.

Sara asintió y resopló. Se levantó sin decir nada de la mesa y salió del comedor hacia las escaleras.

—No quise molestarla...

Maya se giró hacia él con las manos en las caderas. — ¿Entonces por qué fuiste y sacaste eso a relucir?

—¡Porque apenas me ha dicho dos palabras al respecto! —Reid dijo a la defensiva—. Quiero que sepa que puede hablar conmigo.

—No quiere hablar contigo de eso —Maya respondió—. ¡Ella no quiere hablar con nadie sobre eso!

—La Dra. Branson dijo que abrirse sobre un trauma pasado es terapéutico...

Maya se burló en voz alta. —¿Y crees que la Dra. Branson ha pasado alguna vez por algo como lo que pasó Sara?

Reid tomó un respiro, forzándose a calmarse y a no discutir. —Probablemente no. Pero trata a operativos de la CIA, personal militar, todo tipo de traumas y TEPT...

—Sara no es una agente de la CIA —dijo Maya con dureza—. No es una Boina Verde o un Navy Seal. Es una chica de catorce años. —Se pasó los dedos por el pelo y suspiró—. ¿Quieres saber? ¿Quieres hablar de lo que pasó? Aquí está: vimos el cuerpo del Sr. Thompson antes de que nos secuestraran. Estaba tirado justo ahí en el vestíbulo. Vimos a ese maníaco cortar

la garganta a la mujer del área de descanso. Parte de su sangre estaba en mis zapatos. Estábamos allí cuando los traficantes le dispararon a otra chica y dejaron su cuerpo en la grava. Ella estaba tratando de ayudarme a liberar a Sara. Me drogaron. Las dos casi fuimos violadas. Y Sara, de alguna manera encontró la fuerza para luchar contra dos hombres adultos, uno de los cuales tenía un arma, y se lanzó por la ventana de un tren a toda velocidad. —El pecho de Maya temblaba cuando terminó, pero no hubo lágrimas.

No estaba molesta por revivir los eventos del mes pasado. Estaba enfadada.

Reid se bajó lentamente a una silla. Sabía la mayoría de lo que ella le dijo por haber seguido el rastro para encontrar a las chicas, pero no tenía ni idea de que otra chica había sido asesinada a tiros delante de ellas. Maya tenía razón; Sara no estaba entrenada para lidiar con tales cosas. Ni siquiera era adulta. Era una adolescente que había experimentado cosas que cualquiera, entrenado o no, encontraría traumáticas.

—Cuando apareciste —continuó Maya, con la voz más baja ahora—, cuando realmente viniste por nosotras, fue como si fueras un superhéroe o algo así. Al principio. Pero luego... cuando tuvimos tiempo de pensarlo... nos dimos cuenta de que no sabemos qué más estás escondiendo. No estamos seguras de quién eres realmente. ¿Sabes lo aterrador que es eso?

—Maya —dijo suavemente—, no tienes que tener miedo de mí...

—Has matado gente —Ella se acurrucó un hombro—. Muchos de ellos. ¿Verdad?

—Yo... —Reid tuvo que recordarse a sí mismo de no mentirle. Había prometido que no lo haría más, siempre y cuando pudiera evitarlo. En lugar de eso, sólo asintió con la cabeza.

—Entonces no eres la persona que creíamos que eras. Eso va a tomar tiempo para acostumbrarse. Tienes que aceptarlo.

—Sigues diciendo «nosotras» —murmuró Reid—. ¿Ella habla contigo?

—Sí. A veces. Ha estado durmiendo en mi cama la semana pasada más o menos. Pesadillas.

Reid suspiró con tristeza. Se había ido la dinámica tranquila y contenta que su pequeña familia había disfrutado una vez. Se dio cuenta ahora de que las cosas habían cambiado para todos ellos y entre ellos... quizás para siempre.

—No sé qué hacer —admitió suavemente—. Quiero estar ahí para ella, para las dos. Quiero ser su apoyo cuando lo necesiten. Pero no puedo hacerlo si ella no me habla de lo que pasa por su cabeza. —Echó un vistazo a Maya y añadió—: Siempre te ha admirado. Tal vez ahora puedas ser un modelo a seguir para ella. Creo que volver a la rutina, a una vida normal, sería bueno para ambas. Al menos termina tus clases en Georgetown. Además, no es probable que te dejen entrar si reprobaste un semestre entero.

Maya se quedó en silencio durante un largo momento. Al final dijo: Creo que ya no quiero ir a Georgetown.

Reid frunció el ceño. Georgetown había sido la mejor elección

de universidades de ella desde que se mudaron a Virginia. —
Entonces ¿dónde? ¿En la Universidad de Nueva York?

Negó con la cabeza. —No. Quiero ir a West Point.

—West Point —él repitió en blanco, completamente
desorientado por su declaración—. ¿Quieres ir a una academia
militar?

—Sí —dijo ella—. Voy a convertirme en un agente de la CIA.

CAPÍTULO CUATRO

Reid se negó. Estaba seguro de haberla escuchado bien, pero la combinación de palabras que salían de su boca no tenía mucho sentido para él.

«Me está dando cuerda, pensó. Ella esperaba una discusión y yo me resistí». Esto era sólo ansiedad juvenil. Tenía que serlo.

—Tú... quieres ser un agente de la CIA —dijo lentamente—.

—Sí —dijo Maya—. Más específicamente, quiero asistir a la Universidad Nacional de Inteligencia en Bethesda. Pero para ello, primero tendría que ser miembro de las fuerzas armadas. Si voy a West Point en lugar de alistarme, me graduaré como subteniente y podré asistir a la NIU. Allí puedo obtener una maestría en inteligencia estratégica, y para ese momento tendría más de veintiún años, así que podría inscribirme en el programa de entrenamiento de campo de la agencia.

Las piernas de Reid se sentían entumecidas. No sólo era muy obviamente serio, sino que ya había hecho una investigación exhaustiva para encontrar su mejor curso de acción y educación.

Pero de ninguna manera dejaría que su hija eligiera ese camino.

—No —dijo simplemente. Todas las demás palabras parecían fallarle—. No. De ninguna manera. Eso no va a suceder.

Las cejas de Maya se dispararon al unísono. —¿Disculpa? —dijo ella con brusquedad.

Reid respiró hondo. Ella era testaruda, así que él tendría que decírselo con más cuidado que eso. Pero su respuesta fue un inequívoco y rotundo «no». No después de todo lo que había visto y todo lo que había hecho.

—No ha pasado tanto tiempo desde... el incidente —dijo—. Todavía está fresco en tu mente. Antes de tomar una decisión como esta, necesitas considerar todos los ángulos. Termina tus clases. Gradúate en el instituto. Aplica a las universidades. Y podemos revisar todo esto más tarde. —Sonrió tan agradablemente como pudo.

Maya no lo hizo. —No puedes dictarme la vida de esa manera —dijo acaloradamente.

—En realidad, sí —respondió Reid. Se irritó rápidamente—. Todavía eres menor de edad.

—No por mucho tiempo —respondió—. Déjame decirte lo que va a pasar. No voy a volver a esas clases en Georgetown. De hecho, no volveré a la escuela hasta septiembre. Reprobaré mi semestre de primavera y tendré que volver a tomar todos esos cursos. Tendré diecisiete años el mes que viene, lo que significa que para cuando me gradúe tendré dieciocho. Y entonces ya no me dirás dónde puedo ir o qué puedo hacer. —Se cruzó de brazos para acentuar su punto.

Reid se pellizcó el puente de su nariz. —No puedes saltarte tres meses de escuela. ¿Y qué hay de todas estas sesiones de estudio que has estado haciendo? Todo ese tiempo sería una pérdida de tiempo.

—No he estado yendo a las sesiones de estudio —admitió ella.

La miró con atención. —¿Así que me has estado mintiendo? ¿Después de todo? —Se burló con consternación—. Entonces ¿a dónde has estado yendo?

—Después de que me dejas, voy al centro de recreación —le dijo ella con naturalidad—. Hay una clase de autodefensa ahí algunas veces a la semana. La imparte un exmarine. También he estado leyendo sobre contrainteligencia y tácticas de espionaje.

Él negó con la cabeza. —No puedo creerlo. Pensé que no íbamos a tener más secretos entre nosotros. —Incluso mientras lo decía, un doloroso recuerdo se reflejaba en su mente: el asesinato de Kate, la verdad sobre su madre. Aún no se lo había dicho, a pesar de su promesa de cesar la mentira y la farsa. Le mataba el ocultarlo de ellas, pero tras el incidente era demasiado pronto para revelar algo tan horrible. Ahora, cuatro semanas después, temía que fuera demasiado tarde y que se enfadaran con él por ocultárselo durante tanto tiempo.

—Sabía que reaccionarías así —dijo Maya—. Por eso no te dije la verdad. Pero te la estoy diciendo ahora. Eso es lo que quiero hacer. Eso es lo que voy a hacer.

—Cuando tenías siete años querías ser bailarina de ballet —le dijo Reid—. ¿Recuerdas eso? Cuando tenías diez años querías ser veterinaria. A los trece querías ser abogado, todo porque vimos una película sobre un juicio por asesinato...

—¡No seas indulgente conmigo! —Maya saltó de su asiento, poniéndose de pie delante de él con un dedo de advertencia y un

brillo en su cara.

Reid se reclinó en su asiento, sorprendido por su arrebato. Apenas podía estar enfadado con ella, tan sorprendido como estaba por la fuerza de su reacción.

—Este no es el sueño de una niña de cuento de hadas —dijo rápidamente, con la voz baja—. Esto es lo que quiero. Ahora lo sé. Al igual que sé lo que mantiene a Sara despierta por la noche. Tiene pesadillas sobre su experiencia, sobre lo que pasó. Lo que sobrevivió. Pero eso no es lo que me traumatiza. Lo que me mantiene despierta es saber que todavía está pasando ahí fuera ahora mismo. Lo que vi y lo que pasé es la vida de alguien. Mientras estoy en mi cama caliente, o comiendo pizza, o yendo a clases, hay mujeres y niños ahí fuera viviendo todos los días así, hasta que mueren.

Maya puso un pie en la silla y tiró de la pierna de su pijama hasta la rodilla. En su pantorrilla había delgadas cicatrices marrón-rojizo que deletreaban tres palabras: *ROJO. 23. POLO*. Fue el mensaje que se había grabado en su propia pierna en los momentos antes de que las drogas de los traficantes se apoderaran de ella; el mensaje que proporcionó una pista de dónde habían llevado a Sara.

—Puedes fingir que esto es sólo una fase si quieres —Maya siguió adelante—. Pero estas cicatrices no van a ninguna parte. Las tendré por el resto de mi vida, y cada vez que las veo me recuerda que lo que me pasó a mí sigue pasando a otros. Todo lo que hice fue darme cuenta de que, si quiero que termine, la mejor

manera de hacerlo es ser parte de la gente que intenta detenerlo. —Bajó la tela del pijama otra vez.

La garganta de Reid se sentía seca. No podía contrarrestar su argumento más de lo que podía consentir. Algo que Maria le había dicho una vez le pasó por la mente: «No puedes salvar a todos». Pero podía salvar a su hija de vivir el tipo de vida que le habían impuesto. —Lo siento —dijo al final—. Pero por muy nobles que sean sus intenciones, no puedo apoyar esto. Y no lo haré.

—No necesito tu apoyo —declaró Maya—. Sólo pensé que deberías saber la verdad. —Salió furiosa del comedor, con los pies descalzos subiendo las escaleras. Un momento después, una puerta se cerró de golpe.

Reid se desplomó en su silla y suspiró. La pizza estaba fría. Una hija fue perturbada en silencio y la otra estaba decidida a enfrentarse al inframundo. La psicóloga, la Dra. Branson, le había dicho que tuviera paciencia con Sara; ella había dicho que el tiempo lo cura todo, pero en cambio él había presionado el tema y la había molestado de nuevo. Además, la intención de Maya de unirse a la CIA era lo último que esperaba oír.

De una manera extraña, admiraba su habilidad para canalizar el trauma que había experimentado en una causa. Pero simplemente no podía estar de acuerdo con los medios que ella había elegido. Pensó en todo lo que había visto y en las heridas que había sufrido. Las cosas que tenía que hacer y las amenazas que tenía que detener. La gente que había ayudado, y todos los

que había dejado rotos o muertos en el camino.

Reid se dio cuenta de repente de que no tenía ni idea de lo que le había inspirado a unirse a la CIA en primer lugar. Sus propias motivaciones se habían perdido hace tiempo, empujadas en los más oscuros recovecos de su mente por el supresor de memoria experimental. Era posible que nunca recordara por qué se convirtió en el agente de la CIA Kent Steele.

«Sabes que eso no es verdad», se dijo a sí mismo. «Podría haber una manera».

*

La oficina de Reid estaba en el segundo piso de la casa, el más pequeño de los dormitorios que había equipado con su escritorio, estantes y una impresionante colección de libros. Debería haber estado preparando su conferencia del lunes sobre la Reforma Protestante y la Guerra de los Treinta Años. Como profesor adjunto de historia europea en la Universidad de Georgetown, el compromiso de Reid era apenas a tiempo parcial, pero aun así anhelaba el aula. Representaba una vuelta a la normalidad, como quería para sus niñas. Pero esa tarea tendría que esperar.

En su lugar, Reid colocó reverentemente un disco oscuro en el eje de un viejo fonógrafo en la esquina y bajó la aguja. Cerró los ojos cuando empezó el *Concierto de Piano nº 21* de Mozart, lento y melódico, como un deshielo primaveral después del largo invierno. Sonrió. La máquina tenía más de setenta y cinco años,

pero aún funcionaba perfectamente. Había sido un regalo de Kate en su quinto aniversario de bodas; ella había encontrado el destartalado fonógrafo en un bazar por un precio de seis dólares, y luego pagó más de doscientos para restaurarlo hasta casi su antigua gloria.

«Kate. Su sonrisa se desvaneció en una mueca».

«Estás en el sitio negro en Marruecos, apodado “El Infierno Seis”. Interrogando a un conocido terrorista».

«Hay una llamada para ti. Es el subdirector Cartwright. Tu jefe».

«No se anda con rodeos. Tu esposa, Kate, fue asesinada».

Sucedió cuando salía del trabajo, caminando hacia su coche. A Kate le habían dado una potente dosis de tetrodotoxina, también conocida como TTX, un potente veneno que causó una repentina parálisis del diafragma. Se asfixió en la calle y murió en menos de un minuto.

En las semanas transcurridas desde Europa del Este, Reid había revisado la memoria muchas veces o, mejor dicho, la memoria había regresado a él, forzando su camino al frente de su mente cuando menos se esperaba. Todo le recordaba a Kate, desde los muebles de su sala de estar hasta el olor que de alguna manera aún permanecía en su almohada; desde el color de los ojos de Sara hasta el anguloso mentón de Maya. Ella estaba en todas partes... y también lo estaba la mentira que ocultaba de sus chicas.

Había intentado varias veces recordar más, pero no estaba

seguro de saber más que eso. Después del asesinato de su esposa, Kent Steele había hecho un peligroso alboroto a través de Europa y el Medio Oriente, matando a montones de personas que estaban asociadas con la organización terrorista Amón. Luego vino el supresor de la memoria, y los dos años subsiguientes de extraña y dichosa ignorancia.

Reid fue al armario en el rincón más alejado de la habitación. Dentro había una pequeña bolsa negra, lo que los agentes de la CIA llamaban bolsa de escape. En ella estaba todo lo que un operativo necesitaría para permanecer a oscuras por un tiempo indeterminado, si la situación lo requiriera. Esta bolsa en particular había pertenecido a su antiguo mejor amigo, el ahora fallecido agente Alan Reidigger. Reid tenía pocos recuerdos del hombre, pero sabía lo suficiente para saber que Reidigger le había ayudado en un momento de necesidad y lo había pagado con su vida.

Lo más importante, en la bolsa había una carta. La sacó, los pliegues de la tercera longitud bien desgastados por el tiempo y la relectura.

Oye Cero, la carta comenzaba proféticamente. Si estás leyendo esto, probablemente estoy muerto.

Se saltó un par de párrafos en la hoja.

La CIA quería arrestarte, pero no me escuchaste. No fue sólo por tu camino de guerra. Había algo más, algo que estabas a punto de encontrar – demasiado cerca. No puedo decirte lo que fue porque ni siquiera yo lo sé. No me lo dijiste, así que debe haber

sido algo pesado.

Reid creía que sabía a qué se refería Reidigger — la conspiración. Un breve destello de memoria que había recuperado mientras rastreaba al Imán Khalil y el virus de la viruela le había mostrado que sabía algo antes de que le implantaran el supresor en su cabeza.

Cerró los ojos y volvió al recuerdo:

«El sitio negro de la CIA en Marruecos. Designación I-6, alias Infierno Seis. Un interrogatorio. Le arrancas las uñas a un hombre árabe para obtener información sobre el paradero de un fabricante de bombas».

«Entre gritos y quejidos e insistencias que no sabe, surge algo más: una guerra pendiente. Algo grande que se avecina. Una conspiración, planeada por el gobierno de los Estados Unidos».

«No le crees. No al principio. Pero no podías dejarlo pasar».

Él sabía algo en ese entonces. Como un rompecabezas, había empezado a armarlo. Entonces apareció Amón. El asesinato de Kate sucedió. Él se distrajo, y aunque juró volver a ello, nunca tuvo la oportunidad.

Leyó el resto de la carta de Alan:

Sea lo que sea, sigue ahí, encerrado en tu cerebro en alguna parte. Si alguna vez lo necesitas, hay una manera. El neurocirujano que instaló el implante, su nombre es Dr. Guyer. La última vez que practicó fue en Zúrich. Podría devolverlo todo, si quieres. O podría reprimirlos todos de nuevo, si quieres hacerlo. La elección es tuya. Buena suerte, Cero. – Alan

Reid no podía recordar cuántas veces se había sentado frente a la computadora o a su teléfono e intentó motivar a sus dedos para que escribieran el nombre del Dr. Guyer en una barra de búsqueda. Su deseo de recuperar la memoria, no, su necesidad de recuperarla se hacía más intensa cada semana que pasaba, hasta el punto de que era urgente que supiera lo mucho que no sabía. Necesitaba ser capaz de recordar su propio pasado.

«Pero no puedo dejar a las chicas». Después del incidente, no había forma de que pudiera levantarse e irse a Suiza. Se pondría neurótico con respecto a su seguridad, incluso con los implantes de rastreo. Incluso con el agente Strickland cuidándolas. Además, ¿qué pensarían? Maya nunca creería que es para un procedimiento médico. Ella pensaría que él estaba haciendo trabajo de campo otra vez.

«Así que llévalas». El pensamiento entró en su cabeza tan fácilmente que casi se burló de sí mismo por no haberlo pensado antes. Pero luego lo descartó igual de rápido. ¿Qué hay de su trabajo? ¿Qué hay de las sesiones de terapia de Sara? ¿No había intentado convencer a Maya de que volviera a la escuela?

«No lo pienses demasiado», se dijo a sí mismo. ¿No era la solución más simple la que normalmente era la correcta? No era como si nada hubiera funcionado para sacar a Sara de su depresión, y Maya parecía decidida a ser testaruda, como siempre.

Reid empujó el bolso de Reidigger al armario y se puso en pie. Antes de que pudiera convencerse de cambiar de opinión,

caminó por el pasillo hasta la habitación de Maya y llamó rápidamente a su puerta.

Ella lo abrió y cruzó los brazos, claramente aún descontenta con él. —¿Sí?

—Vámonos de viaje.

Ella le parpadeó. —¿Qué?

—Vámonos de viaje, los tres —dijo de nuevo, pasando a su lado en el dormitorio—. Mira, me equivoqué al mencionar el incidente. Ahora lo veo. Sara no necesita que se lo recuerden; necesita lo contrario. —Estaba desvariando, gesticulando con las manos, pero siguió adelante—. Este último mes, todo lo que ha hecho es recostarse y pensar en lo que pasó. Tal vez lo que necesita es una distracción. Tal vez sólo necesita hacer algunos recuerdos agradables para recordar lo buenas que pueden ser las cosas.

Maya frunció el ceño como si luchara por seguir su lógica. —Así que quieres ir de viaje. ¿A dónde?

—Vamos a esquiar —respondió—. ¿Recuerdas cuando fuimos a Vermont, hace unos cuatro o cinco años? ¿Recuerdas cuánto le gustaba a Sara la pendiente del conejo?

—Lo recuerdo —dijo Maya—, pero papá, es abril. La temporada de esquí ha terminado.

—No en los Alpes, allí no.

Ella lo miró como si hubiera perdido la cabeza. —¿Quieres ir a los Alpes?

—Sí. Suiza, para ser específicos. Y sé que piensas que esto

es una locura, pero estoy pensando claramente aquí. No nos estamos haciendo ningún favor estancándonos aquí. Necesitamos un cambio de escenario, especialmente Sara.

—Pero... ¿qué hay de tu trabajo?

Reid se encogió de hombros. —Haré novillos.

—Ya nadie dice eso.

—Me preocuparé de qué decirle a la universidad —dijo—. «Y a la agencia». La familia es lo primero. —Reid estaba casi seguro de que la CIA no iba a despedirlo por pedirle un tiempo libre para estar con sus chicas. De hecho, estaba bastante seguro de que no le dejarían dimitir, aunque lo intentara—. El yeso de Sara se lo quitan mañana. Podemos ir esta semana. ¿Qué dices?

Maya frunció los labios con fuerza. Él conocía esa mirada; ella estaba haciendo todo lo posible para contener una sonrisa. Aún no estaba exactamente satisfecha con la forma en que él había manejado sus noticias de antes. Pero asintió con la cabeza. — Está bien. Tiene sentido. Sí, hagamos un viaje.

—Grandioso —Reid la agarró por los hombros y plantó un beso en la frente de su hija antes de que pudiera retorcerse. Al salir de su habitación, miró hacia atrás y definitivamente la sorprendió sonriendo.

Se metió en la habitación de Sara y la encontró tirada de espaldas, mirando al techo. Ella no lo miró cuando entró y se arrodilló al lado de su cama.

—Oye —dijo en un susurro cercano—. Siento lo que pasó en la cena. Pero tengo una idea. ¿Qué dirías de que nos vayamos de

viaje? Sólo tú, Maya y yo, e iremos a un lugar bonito, a un lugar lejano. ¿Te gustaría eso?

Sara inclinó la cabeza hacia él, lo suficiente para que su mirada se encontrara con la de él. Luego asintió ligeramente.

—¿Sí? Bien. Entonces eso es lo que haremos. —Se acercó y tomó la mano de ella en la suya, y estaba bastante seguro de que sintió un ligero apretón de sus dedos.

«Esto funcionará», se dijo a sí mismo. Por primera vez en un tiempo se sintió bien con algo.

Y las chicas no necesitaban saber sobre su motivo oculto.

CAPÍTULO CINCO

Maria Johansson caminó por la explanada del aeropuerto Atatürk de Estambul en Turquía y abrió la puerta del baño de mujeres. Había pasado los últimos días siguiendo la pista de tres periodistas israelíes que habían desaparecido mientras cubrían la historia de la secta de fanáticos del Imán Khalil, los que casi habían desatado un virus mortal de viruela en el mundo desarrollado. Se sospechaba que la desaparición de los periodistas podría haber tenido algo que ver con los seguidores supervivientes de Khalil, pero su rastro se había enfriado en el Irak, cerca de su destino en Bagdad.

Dudaba mucho de que fueran a ser encontrados, no a menos que quien fuera responsable de su desaparición reclamara la responsabilidad. Sus órdenes actuales eran hacer un seguimiento de una presunta fuente que el periodista tenía aquí en Estambul, y luego regresar a la sede regional de la CIA en Zúrich donde sería interrogada y posiblemente reasignada, si la operación se consideraba terminada.

Pero mientras tanto, tenía otra reunión a la que asistir.

En el baño, Maria abrió su bolso y sacó una bolsa impermeable de plástico grueso. Antes de sellar su teléfono de la CIA dentro de ella, llamó al buzón de voz de su línea privada

No hubo mensajes nuevos. Parecía que Kent había renunciado a intentar contactarla. Le había dejado varios mensajes de voz

en las últimas semanas, uno cada varios días. En los breves y unilaterales recortes le habló de sus hijas, de cómo Sara todavía estaba lidiando con el trauma de los eventos que había soportado. Mencionó su trabajo para la División de Recursos Nacionales y lo insípido que era comparado con el trabajo de campo. Le dijo que la echaba de menos.

Fue un pequeño alivio que se rindiera. Al menos no tendría que escuchar el sonido de su voz y darse cuenta de cuánto lo extrañaba también.

Maria selló el teléfono dentro de la bolsa de plástico y lo bajó con cuidado en el tanque del baño antes de volver a poner la tapa. No quiso arriesgarse a ser escuchada indiscretamente.

Luego salió del baño y se dirigió a la terminal, a una puerta con muchas personas dando vueltas. La junta de vuelo anunció que el avión a Kiev saldría en una hora y media.

Se sentó en una silla de plástico rígido en una fila de seis. El hombre ya estaba detrás de ella, sentado en la fila opuesta mirando en la otra dirección con una revista de automóviles abierta delante de su cara.

—Caléndula —dijo, con una voz ronca pero baja—. Reporte.

—No hay nada que reportar —respondió en ucraniano—. El agente Cero está de vuelta en casa con su familia. Me ha estado evitando desde entonces.

—¿Oh? —dijo el ucraniano con curiosidad—. ¿Lo ha hecho? ¿O has estado evitándolo?

Maria frunció el ceño, pero no se volteó a mirar al hombre.

Sólo diría tal cosa si supiera que es verdad. —¿Has intervenido mi teléfono privado?

—Por supuesto —dijo el ucraniano con franqueza—. Parece que el agente Cero tiene muchas ganas de hablar contigo. ¿Por qué no te has puesto en contacto con él?

No es que fuera asunto del ucraniano, pero Maria había estado esquivando a Kent por la simple razón de que le había mentido, no una vez, sino dos veces. Ella le había dicho que los ucranianos con los que trabajaba eran miembros del Servicio de Inteligencia Exterior. Aunque algunos de su facción podrían haberlo sido, en un momento dado, eran tan leales al FIS como ella a la CIA.

La segunda mentira era que ella dejaría de trabajar con ellos. Kent había dejado clara su desconfianza en los ucranianos mientras iban en camino a rescatar a sus hijas, y Maria había acordado, a medias, que pondría fin a la relación.

No lo había hecho. Todavía no. Pero eso fue parte de la razón de la reunión en Estambul; no era demasiado tarde para cumplir su palabra.

—Hemos terminado —dijo simplemente—. He terminado de trabajar contigo. Tú sabes lo que yo sé, y yo sé lo que tú sabes. Podemos intercambiar información para construir un caso, pero ya terminé de hacer tus mandados. Y voy a dejar a Cero fuera de esto.

El ucraniano se quedó en silencio durante un largo momento. Ocasionalmente, pasaba la página de su revista de autos como si la estuviera leyendo. —¿Estás segura? —preguntó—.

Recientemente ha salido a la luz nueva información.

La ceja de Maria se levantó instintivamente, aunque estaba segura de que esto era sólo una treta para mantenerla en su puesto. —¿Qué clase de nueva información?

—Información que quieres —dijo el hombre críticamente. Maria no pudo ver su cara, pero le dio la impresión, por su tono, de que estaba sonriendo.

—Estás fingiendo —dijo ella sin rodeos.

—No lo estoy —le aseguró—. Conocemos su posición. Y sabemos lo que podría pasar si se mantiene en su posición.

El pulso de Maria se aceleró. No quería creerle, pero no tenía otra opción. Su participación en el descubrimiento de la conspiración, su decisión de trabajar con ellos e intentar obtener información de la CIA, fue más que una cuestión de hacer lo correcto. Por supuesto, ella quería evitar la guerra, para evitar que los perpetradores obtuvieran ganancias mal habidas, para evitar que personas inocentes fueran lastimadas. Pero más que eso, ella tenía un interés personal en la trama.

Su padre era miembro del Consejo de Seguridad Nacional, un funcionario de alto rango en asuntos internacionales. Y aunque le avergonzaba incluso pensarlo, su mayor prioridad, más grande que salvar vidas o evitar que los Estados Unidos iniciaran una guerra, era averiguar si él estaba en esto, si era un cómplice y, si no lo era, mantenerlo a salvo de los que se saldrían con la suya por cualquier medio necesario.

No era como si Maria pudiera simplemente llamarlo

y preguntarle. Su relación era algo tensa, limitada principalmente a bromas profesionales, charlas sobre legislación, y ocasionalmente a una breve puesta al día de la vida personal. Además, si él estaba al tanto de la trama, no tendría razón para admitirlo abiertamente ante ella. Si no lo estuviera, querría tomar medidas; era un hombre decidido que creía en la justicia y en el sistema legal. Maria tendía a inclinarse hacia lo cínico, y como resultado, a ser cautelosa.

—¿Qué quieres decir con «lo que podría pasar»? —exigió. La críptica declaración del ucraniano parecía sugerir que su padre no era el más sabio, mientras que también llevaba consigo un cierto peso de amenaza.

—No lo sabemos —respondió simplemente.

—¿Cómo se enteraron de esto?

—Correos electrónicos —dijo el ucraniano—, obtenidos de un servidor privado. Se mencionó su nombre, junto con otros que... pueden no obedecer.

—¿Como una lista de objetivos? —preguntó ella firmemente.

—No está claro.

La frustración se apoderó de su pecho. —Quiero leer estos correos electrónicos. Quiero verlos por mí misma.

—Y puedes —le aseguró el ucraniano—. Pero no si insistes en romper los lazos con nosotros. Te necesitamos, Caléndula. Tú nos necesitas. Y todos necesitamos al Agente Cero.

Ella suspiró. —No. Déjalo fuera de esto. Está en casa con su familia. Ahí es donde tiene que estar su enfoque ahora mismo.

Ya ni siquiera es un agente...

—Sin embargo, todavía trabaja para la CIA.

—No tiene lealtad hacia ellos...

—Pero él tiene una lealtad hacia ti.

Maria se burló. —Ni siquiera recuerda lo suficiente para darle sentido a lo poco que sabe.

—Los recuerdos siguen ahí, en su cabeza. Eventualmente él recordará, y cuando lo haga, tú tienes que estar ahí. ¿No lo ves? Cuando esa información regrese a él, no tendrá otra opción que actuar. Te necesitará allí para guiarlo, y necesitará nuestros recursos si quiere hacer algo significativo al respecto. —El ucraniano hizo una pausa antes de añadir—: La información en la mente del agente Cero podría proporcionar las piezas que nos faltan, o al menos llevarnos a una prueba. Una forma de detener esto. Esa es la cuestión, ¿no?

—Por supuesto que sí —murmuró Maria. Aunque no era la única razón por la que había accedido a trabajar con los ucranianos, era primordial detener la guerra y la matanza innecesaria antes de que comenzara, y evitar que la gente equivocada obtuviera el tipo de poder que históricamente llevó a conflictos mucho más grandes. Sin embargo, ella sacudió la cabeza—. Independientemente de lo que yo quiera, tú sólo quieres usarlo.

—Tener al principal agente de la CIA volviéndose contra su gobierno sería realmente útil —admitió el hombre—. Pero ese no es nuestro objetivo. —Se atrevió a girar ligeramente en su

dirección, lo suficiente para murmurar—: Aquí no somos tu enemigo.

Ella quería creer eso. Pero continuar trabajando con ellos cuando le había prometido a Kent que cortaría los lazos hizo que se sintiera como si fuera, como él la había acusado una vez, un agente doble, pero en contra de él, no de la CIA.

—Me ocuparé de Cero —dijo ella—, pero quiero esos emails, y cualquier otra información que tengas sobre mi padre.

—Y lo tendrás, tan pronto como traigas algo nuevo y útil a la mesa. —El hombre hizo un gesto de mirar hacia abajo a su reloj—. Hablando de eso, creo que pronto estarás de vuelta en el cuartel general regional de la CIA... Eso es en Zúrich, ¿verdad? Puede que quieras preguntar sobre el paradero del Agente Cero. Si no me equivoco, no estará lejos.

—¿Está en Europa? —Maria estaba tan sorprendida que se retorció a la mitad de su asiento—. ¿Lo estás espiando?

Se encogió de hombros. —La actividad reciente de su tarjeta de crédito mostró tres boletos de avión a Suiza.

«¿Tres?» Maria pensó. No era trabajo de campo; era un viaje. Kent y sus dos chicas, lo más probable. «¿Pero por qué Suiza?» se preguntó. Se le ocurrió una idea... «¿Intentaría hacer eso? ¿Está listo?»

El ucraniano se puso de pie, se abrochó el abrigo y metió su revista bajo un brazo. —Ve hacia él. Consíguenos algo útil. El tiempo se está acabando; si no lo haces tú, lo haremos nosotros.

—No te atrevas a enviar a nadie cerca de él o de sus chicas —

amenazó Maria.

Sonrió con suficiencia. —Entonces no nos fuerces la mano. Adiós, Caléndula. —Asintió con la cabeza una vez y se alejó por la terminal.

Maria se hundió en la silla y suspiró derrotada. Sabía muy bien que un solo recuerdo renovado podría desencadenar la naturaleza obsesiva de Kent, y que él se hundiría de nuevo en la madriguera de la conspiración y el engaño en busca de respuestas. Ella había visto de primera mano cómo Kent había pasado por un infierno para recuperar a su familia... pero también sabía que el conocimiento que una vez tuvo los destrozaría de nuevo.

Ahí, en la terminal del aeropuerto Atatürk de Estambul, se propuso un objetivo: ella era la responsable de meterlo en esto, así que se aseguraría de estar ahí si él lo recordaba o cuando lo hiciera. Y de detenerlo si fuera necesario.

CAPÍTULO SEIS

—Maya, mira. —Sara le dio un empujón a su hermana mayor en el brazo y gesticuló por la ventana mientras el avión se desviaba a través de una nube en su descenso hacia el aeropuerto de Zúrich. El cielo se abrió y las crestas blancas de los Alpes suizos eran visibles en la distancia.

—Es genial, ¿verdad? —Maya dijo con una sonrisa. Reid, en el asiento del pasillo, apenas podía creer lo que veía, una fina sonrisa se iluminó en la cara de Sara también.

En los tres días desde que anunció el viaje por primera vez, Sara había aceptado, pero apenas parecía emocionada de ir. Había dormido durante la mayor parte del vuelo de ocho horas y apenas habló en los breves intervalos en que estuvo despierta. Pero a medida que descendían a tierra y Sara podía ver los picos escarpados de los Alpes y la ciudad de Zúrich debajo de ellos, algo de vida parecía filtrarse en ella. Había una sonrisa en su cara y color en sus mejillas por primera vez en un tiempo, y Reid no podía estar más contento.

Después de desembarcar y pasar la aduana, esperaron junto al carrusel de equipaje por sus maletas. Reid sintió que la mano de Sara se deslizaba en la suya. Estaba asombrado, pero intentó no mostrarlo.

—¿Podemos esquiar hoy? —le preguntó.

—Sí. Por supuesto —le dijo a ella—. Podemos hacer lo que

quieras, cariño.

Asintió sombríamente, como si el pensamiento hubiera estado pesando en su mente. Los dedos de ella apretaron los suyos mientras sus maletas hacían una perezosa rotación hacia ellos.

Desde Zúrich tomaron un tren hacia el sur, a menos de dos horas de viaje a la ciudad alpina de Engelberg. Había no menos de veintiséis hoteles y refugios de esquí en la cercana montaña de Titlis, el mayor pico de los Alpes Uri a más de novecientos metros sobre el nivel del mar.

Naturalmente, Reid compartió todo esto con las chicas.

—...y también el hogar del primer teleférico del mundo —les dijo mientras caminaban de la estación de tren a su alojamiento—. Oh, y en la ciudad hay un monasterio del siglo XII llamado Kloster Engelberg, uno de los más antiguos monasterios suizos que aún se mantienen en pie...

—Vaya —interrumpió Maya—. ¿Es este el lugar?

Reid había elegido uno de los alojamientos más rústicos para su hospedaje; un poco anticuado, sin duda, pero encantador y acogedor, a diferencia de algunos de los grandes hoteles de estilo americano que habían aparecido en los últimos años. Se registraron y se instalaron en su habitación, que tenía dos camas, una chimenea con dos sillones enfrente y una vista impresionante de la cara sur de Titlis.

—Oye, hay una cosa que quiero decir antes de que salgamos —dijo Reid mientras desempacaban y se preparaban para las pistas—. No quiero que ustedes dos se alejen por su cuenta.

—Papá... —Maya puso los ojos en blanco.

—No se trata de eso —dijo rápidamente—. Este viaje se supone que es para pasar un tiempo de calidad y divertirnos, y eso significa permanecer juntos. ¿De acuerdo?

Sara asintió.

—Sí, está bien —Maya estuvo de acuerdo.

—Bien. Entonces cambiémonos —No era una mentira, no realmente; él quería que se divirtieran juntos, y no quería que vagaran por sí mismas por razones de seguridad que no tenían nada que ver con el incidente. Al menos eso es lo que se dijo a sí mismo.

Todavía no tenía idea de cómo iba a cumplir su otra tarea, la razón subyacente para venir a Suiza y quedarse en un lugar tan cercano a Zúrich. Pero tenía tiempo de averiguar esa parte.

Treinta minutos después los tres estaban en un telesquí, subiendo por una de las muchas de pistas de Titlis. Reid había escogido una pista verde para principiantes para que se iniciaran; ninguno de ellos había estado esquiando en años, desde el viaje familiar a Vermont.

La culpa apuñaló el pecho de Reid al pensar en esas vacaciones. Kate estaba viva en ese momento. Ese viaje se había sentido perfecto, como si nada malo pudiera pasar entre ellos. Deseaba poder volver a esa época, disfrutarla de nuevo, tal vez incluso advertirse a sí mismo sobre lo que vendría, o cambiar el resultado para que nunca ocurriera.

Sacudió el pensamiento de su cabeza. No tenía sentido insistir

en ello. Había sucedido, y ahora necesitaba estar ahí para sus hijas para asegurarse de que el pasado no se repitiera.

En la cima de la suave pendiente, un instructor de esquí con barba les dio algunos consejos de actualización sobre cómo reducir la velocidad, cómo detenerse y cómo girar. Las chicas se tomaron su tiempo, inestables en las botas de esquí bloqueadas en los talones.

Pero tan pronto como Reid se apartó con los postes y comenzó a deslizarse sobre el polvo, su cuerpo reaccionó como si lo hubiera hecho mil veces. La única vez que había estado esquiando fue en el viaje familiar cinco años antes, pero la forma en que simplemente sabía moverse sin pensar, sus piernas y torso ajustándose sutilmente para tejer a la izquierda y a la derecha, le dijo que había hecho esto muchas más veces que una vez. Después de la primera carrera, no dudó que podía manejar una ruta de diamantes negros sin mucha dificultad.

Aun así, hizo lo posible por ocultarlo y se mantuvo al ritmo de las chicas. Parecía que se lo estaban pasando muy bien, Maya riéndose de cada tambaleo y casi caída, y Sara con una sonrisa omnipresente en su cara.

En su tercera carrera por la ladera de principiante, Reid empezó entre ambas. Luego dobló sus piernas ligeramente, inclinándose en el descenso, y metió los palos bajo sus axilas. — ¡Carrera hasta el fondo! —gritó mientras ganaba velocidad.

— ¡Tú lo pediste, viejo! —Maya se echó a reír detrás de él.

— ¿Viejo? Veremos quién se ríe cuando te pateo el trasero...

—Reid miró por encima del hombro justo a tiempo para ver el esquí izquierdo de Sara golpeando una pequeña berma de nieve compacta. Se deslizó por debajo de ella y ambos brazos se agitaron mientras ella caía de cara a la pendiente.

— ¡Sara! —Reid se detuvo. Se desabrochó las botas en segundos y le pasó por encima la pólvora—. Sara, ¿estás bien? —Acababa de quitarse el yeso; lo último que necesitaba era otra lesión para arruinar sus vacaciones.

Se arrodilló y la volteó. Su cara estaba roja y tenía lágrimas en los ojos, pero se estaba riendo.

—¿Estás bien? —preguntó otra vez.

—Sí —dijo ella entre risas—. Estoy bien.

La ayudó a ponerse de pie y ella se secó las lágrimas de los ojos. Él estaba más que aliviado de que ella estuviera bien, el sonido de su risa era como una música para su alma.

—¿Segura que estás bien? —preguntó por tercera vez.

—Sí, papá —Suspiró felizmente y se mantuvo firme en sus esquís—. Prometo que estoy bien. No hay nada roto. A propósito... —Se empujó con ambos bastones y se envió a sí misma rápidamente por la ladera—. Todavía estamos corriendo, ¿verdad?

Desde cerca, Maya también se rio y partió tras su hermana.

—¡No es justo! —Reid habló después de ellas mientras volvía a sus esquís.

Después de tres horas de cabalgar por las laderas, volvieron al albergue y encontraron asientos en la gran área común, frente

a una chimenea rugiente lo suficientemente grande como para estacionar una motocicleta. Reid pidió tres tazas de chocolate caliente suizo, y bebieron con satisfacción ante el fuego.

—Quiero probar un sendero azul mañana —anunció Sara.

—¿Estás segura, Chillona? Te acaban de quitar el yeso del brazo —se burló Maya.

—Tal vez en la tarde podemos ver la ciudad —ofreció Reid—.

¿Buscamos un lugar para cenar?

—Eso suena divertido —Sara estuvo de acuerdo.

—Claro, eso lo dices ahora —dijo Maya—, pero sabes que nos va a hacer ver ese monasterio.

—Oye, es importante conocer la historia de un lugar —dijo Reid—. Ese monasterio fue lo que inició este pueblo. Bueno, hasta la década de 1850, cuando se convirtió en un lugar de vacaciones para los turistas que buscaban lo que llamaban «curas al aire libre». Verás, en aquel entonces...

Maya se recostó en su silla y fingió roncar fuerte.

—Ja, ja —se burló Reid—. Bien, dejaré de dictar charlas.

¿Quién quiere más? Vuelvo enseguida. —Recogió las tres tazas y se dirigió hacia el mostrador por más.

Mientras esperaba, no pudo evitar darse una palmadita mental en la espalda. Por primera vez en un tiempo, tal vez incluso desde que el supresor de la memoria fue eliminado, sintió que había hecho lo correcto por sus chicas. Todas se lo estaban pasando muy bien; los eventos del mes anterior ya parecían convertirse en un recuerdo lejano. Esperaba que fuera algo más que temporal, y

que la creación de nuevos y felices recuerdos sacara la ansiedad y la angustia de lo que había pasado.

Por supuesto, no era tan ingenuo como para creer que las chicas simplemente se olvidarían del incidente. Era importante no olvidar; al igual que la historia, no quería que se repitiera. Pero si eso sacaba a Sara de su depresión melancólica y a Maya de vuelta a la escuela y a su futuro, entonces él sentiría que había hecho su trabajo como padre.

Volvió a su sofá y encontró a Maya pinchando su móvil y el asiento de Sara vacío.

—Fue al baño —dijo Maya antes de que pudiera siquiera preguntar.

—No iba a preguntar —dijo tan despreocupadamente como pudo, dejando las tres tazas.

—Sí, claro —bromeó Maya.

Reid se enderezó y miró a su alrededor de todos modos. Por supuesto que iba a preguntar; si dependiera de él, ninguna de las chicas se apartaría de su vista. Miró a su alrededor, pasando por los otros turistas y esquiadores, los locales disfrutando de una bebida caliente, el personal que sirve a los clientes...

Un nudo de pánico se hizo en su estómago cuando vio la espalda de la cabeza rubia de Sara en el suelo de la cabaña. Detrás de ella había un hombre con una parka negra, siguiéndola o quizás guiándola.

Se acercó rápidamente, con los puños a su lado. Su primer pensamiento fue inmediatamente de los traficantes eslovacos.

«Nos encontraron». Sus músculos tensos estaban listos para una pelea, listos para desarmar a este hombre delante de todos. «De alguna manera nos encontraron aquí, en las montañas».

—Sara —dijo bruscamente.

Se detuvo y se giró, con los ojos bien abiertos ante su tono de mando.

—¿Estás bien? —Él miró desde ella al hombre que la seguía. Tenía ojos oscuros, una barba de 3 días, gafas de esquí en la frente. No parecía eslovaco, pero Reid no se arriesgaría.

—Bien, papá. Este hombre me preguntó dónde estaban los baños —le dijo Sara.

El hombre levantó ambas manos a la defensiva, con las palmas hacia afuera. —Lo siento mucho —dijo, su acento sonaba alemán—. No quise hacer ningún daño...

—¿No podrías haberle preguntado a un adulto? —Reid dijo con fuerza, mirando al hombre al suelo.

—Le pregunté a la primera persona que vi —protestó el hombre.

—¿Y era una niña de catorce años? —Reid sacudió la cabeza—. ¿Con quién estás?

—¿Con? —preguntó el hombre desconcertado—. Estoy... con mi familia aquí.

—¿Sí? ¿Dónde están? Señálalos —exigió Reid.

—Yo-yo no quiero problemas.

—Papá —Reid sintió un tirón en su brazo—. Ya es suficiente, papá. —Maya le tiró de nuevo—. Es sólo un turista.

Reid entrecerró los ojos. —Será mejor que no te vuelva a ver cerca de mis chicas —advirtió—, o habrá problemas. — Se alejó del hombre asustado mientras Sara, desconcertada, se dirigía hacia el sofá.

Pero Maya se puso en su camino con las manos en las caderas. —¿Qué carajos fue eso?

Frunció el ceño. —Maya, cuida tu lenguaje...

—No, cuida el tuyo —le respondió—. Papá, estabas hablando en alemán hace un momento.

Reid parpadeó sorprendido. —¿Lo estaba? —Ni siquiera se había dado cuenta, pero el hombre de la parka negra se había disculpado en alemán y Reid simplemente le había respondido sin pensar.

—Vas a asustar a Sara de nuevo, haciendo cosas como esa — acusó Maya.

Sus hombros se aflojaron. —Tienes razón. Lo siento. Sólo pensé... «Pensaste que los traficantes eslovacos te habían seguido a ti y a tus chicas a Suiza». De repente reconoció lo ridículo que sonaba eso.

Estaba claro que Maya y Sara no eran las únicas que necesitaban recuperarse de su experiencia compartida. «Tal vez necesite programar algunas sesiones con la Dra. Branson», pensó mientras se reunía con sus hijas.

—Lo siento —le dijo a Sara—. Supongo que estoy siendo poco sobreprotector ahora.

Ella no dijo nada en respuesta, pero miró fijamente al suelo

con una mirada lejana en sus ojos, con ambas manos envueltas alrededor de una taza mientras se enfriaba.

Viendo su reacción y oyéndole ladrar con rabia al hombre en alemán, le recordó el incidente y, si tuviera que adivinarlo, lo poco que sabía de su propio padre.

Genial, pensó amargamente. «Ni siquiera un día y ya lo he arruinado. ¿Cómo voy a arreglar esto?» Se sentó entre las chicas e intentó desesperadamente pensar en algo que pudiera decir o hacer para volver a la alegre atmósfera de hace sólo unos momentos.

Pero antes de que tuviera la oportunidad, Sara habló. Su mirada se elevó para encontrarse con la suya mientras murmuraba, y a pesar de las conversaciones a su alrededor Reid escuchó sus palabras claramente.

—Quiero saber —dijo su hija menor—. Quiero saber la verdad.

CAPÍTULO SIETE

Yosef Bachar había pasado los últimos ocho años de su carrera en situaciones peligrosas. Como periodista de investigación, había acompañado a tropas armadas a la Franja de Gaza. Había atravesado desiertos en busca de recintos ocultos y cuevas durante la larga caza de Osama bin Laden. Había informado en medio de combates y ataques aéreos. No dos años antes, había dado a conocer la historia de que Hamas estaba pasando de contrabando piezas de aviones teledirigidos a través de las fronteras y obligando a un ingeniero saudí secuestrado a reconstruirlas para que pudieran ser utilizadas en los bombardeos. Su exposición había inspirado una mayor seguridad en las fronteras y aumentado la conciencia de los insurgentes que buscaban una mejor tecnología.

A pesar de todo lo que había hecho para arriesgar la vida y la integridad física, nunca se había encontrado en mayor peligro que ahora. Junto a dos colegas israelíes había estado cubriendo la historia del Imán Khalil y su pequeña secta de seguidores, que habían desatado un virus mutado de viruela en Barcelona y habían intentado hacer lo mismo en los Estados Unidos. Una fuente de Estambul les dijo que los últimos fanáticos de Khalil habían huido al Iraq, escondiéndose en algún lugar cerca de Albaghdadi.

Pero Yosef Bachar y sus dos compatriotas no encontraron a

la gente de Khalil; ni siquiera habían llegado a la ciudad antes de que su coche fuera sacado de la carretera por otro grupo, y los tres periodistas fueron tomados como rehenes.

Durante tres días fueron mantenidos en el sótano de un complejo desértico, atados a las muñecas y mantenidos en la oscuridad, tanto literal como figuradamente.

Bachar había pasado esos tres días esperando su inevitable destino. Se dio cuenta de que estos hombres eran probablemente Hamas, o alguna rama de ellos. Lo torturarían y finalmente lo asesinarían. Grabarían la prueba en video y la enviarían al gobierno israelí. Tres días de espera y asombro, con miles de horribles escenarios en la cabeza de Bachar, se sintieron tan tortuosos como los planes que estos hombres tenían para ellos.

Pero cuando finalmente vinieron por él, no fue con armas o implementos. Fue con palabras.

Un joven, no más de veinticinco años si acaso, entró solo en el nivel subterráneo del recinto y encendió la luz, una sola bombilla brillaba en el techo. Tenía ojos oscuros, una barba corta y hombros anchos. El joven caminaba delante de ellos que estaban de rodillas y con las manos atadas.

—Me llamo Awad bin Saddam —les dijo—, y soy el líder de la Hermandad. Los tres han sido reclutados para un glorioso propósito. De ustedes, uno entregará por mí un mensaje. Otro documentará nuestra santa *yihad*. Y el tercero... el tercero es innecesario. El tercero morirá en nuestras manos. —El joven, este bin Saddam, detuvo su paso y metió la mano en su bolsillo.

—Pueden decidir quién llevará a cabo qué tarea entre ustedes si lo desean —dijo—. O pueden dejarlo al azar. —Se dobló en la cintura y colocó tres delgadas cuerdas en el suelo delante de ellos.

Dos de ellas medían aproximadamente seis pulgadas de largo. La tercera fue recortada un par de pulgadas menos que las otras.

—Volveré en media hora. —El joven terrorista salió del sótano y cerró la puerta tras él.

Los tres periodistas miraban las cuerdas cortadas y deshilachadas del suelo de piedra.

—Esto es monstruoso —dijo Avi en voz baja. Era un hombre corpulento de cuarenta y ocho años, más viejo que la mayoría que aún trabajaba en el campo.

—Seré voluntario —les dijo Yosef. Las palabras salieron de su boca antes de que las pensara bien, porque si lo hacía, probablemente las sostendría detrás de su lengua.

—No, Yosef —Idan, el más joven de ellos, sacudió la cabeza con firmeza—. Es noble de tu parte, pero no podíamos vivir con nosotros mismos sabiendo que te permitimos ser voluntario para la muerte.

—¿Lo dejarías al azar? —Yosef respondió.

—El azar es justo —dijo Avi—. El azar es imparcial. Además... —Bajó la voz y añadió—: Esto puede ser una artimaña. Puede que aún nos maten a todos de todas formas.

Idan se agachó con ambas manos atadas y tomó los tres tramos de cuerda en su puño, agarrándolos para que los extremos expuestos parecieran tener la misma longitud. —Yosef —dijo

—, tú eliges primero. —Él los mantuvo alejados.

La garganta de Yosef estaba demasiado seca para las palabras, cuando llegó a un final y lentamente lo sacó del puño de Idan. Una oración corrió por su cabeza como una pulgada, luego dos, luego tres se desplegaron de sus dedos cerrados.

El otro extremo se liberó después de sólo unos pocos centímetros. Había tirado de la cuerda corta.

Avi suspiró, pero fue un suspiro de desesperación, no de alivio.

—Ahí lo tienes —dijo Yosef simplemente.

—Yosef... —Idan comenzó.

—Los dos pueden decidir entre ustedes qué tarea van a tomar —dijo Yosef, cortando al joven—. Pero... si alguno de los dos sale de esta y regresa a casa, por favor díganle a mi esposa e hijo... —Se fue arrastrando. Las últimas palabras parecían fallarle. No había nada que pudiera transmitir en un mensaje que no supieran ya.

—Les diremos que enfrentaste audazmente tu destino ante el terror y la iniquidad —ofreció Avi.

—Gracias —Yosef dejó caer la corta cuerda al suelo.

Bin Saddam regresó poco después, como había prometido, y de nuevo se puso a caminar delante de los tres. —¿Confío en que hayan tomado una decisión? —preguntó.

—Lo hemos hecho —dijo Avi, mirando a la cara del terrorista—. Hemos decidido adoptar su concepto islámico de infierno sólo para tener un lugar donde creer que usted y sus bastardos terminarán.

Awad bin Saddam sonrió con suficiencia. —Pero, ¿quién de ustedes se irá antes que yo?

La garganta de Yosef todavía se sentía seca, demasiado seca para las palabras. Abrió la boca para aceptar su destino.

—Yo lo haré.

—¡Idan! —Los ojos de Yosef se abultaron mucho. Antes de que pudiera decir nada, el joven había hablado—. No, no es él —le dijo rápidamente a bin Saddam—. He sacado la cuerda corta.

Bin Saddam miró de Yosef a Idan, aparentemente divertido. —Supongo que tendré que matar al que abrió la boca primero. —Cogió su cinturón y desenvainó un feo cuchillo curvo con un mango hecho de cuerno de cabra.

El estómago de Yosef se revolvió con sólo verlo. —Espera, él no...

Awad sacó su cuchillo y lo atravesó en la garganta de Avi. La boca del anciano se abrió por sorpresa, pero no se oyó nada mientras la sangre caía en cascada desde su cuello abierto y se derramaba en el suelo.

—¡No! —Yosef gritó. Idan apretó los ojos cerrados mientras un triste sollozo brotaba de él.

Avi cayó sobre su estómago, de cara a Yosef, mientras un charco de sangre oscura se filtraba por las piedras.

Sin decir una palabra más, bin Saddam los dejó allí una vez más.

Los dos restantes soportaron esa noche sin dormir y sin una

sola palabra transmitida entre ellos, aunque Yosef podía oír los suaves sollozos de Idan mientras lloraba la pérdida de su mentor, Avi, cuyo cuerpo estaba a escasos metros de ellos, cada vez más frío.

Por la mañana, tres hombres árabes entraron en el sótano sin decir palabra y sacaron el cuerpo de Avi. Dos más vinieron inmediatamente después, seguidos por bin Saddam.

—Él —Señaló a Yosef, y los dos insurgentes lo arrastraron bruscamente ante él por los hombros. Cuando fue arrastrado hacia la puerta se dio cuenta de que nunca podría ver a Idan de nuevo.

—Sé fuerte —llamó por encima de su hombro—. Que Dios esté contigo.

Yosef entrecerró los ojos bajo la dura luz del sol mientras era arrastrado a un patio rodeado por un alto muro de piedra y arrojado sin contemplaciones a la parte trasera de un camión, la cual estaba cubierta por una cúpula de lona. Un saco de yute fue tirado sobre su cabeza, y una vez más se encontró sumergido en la oscuridad.

El camión cobró vida y salió del recinto. Yosef no pudo decir en qué dirección viajaban. Perdió la pista de cuánto tiempo habían estado conduciendo y las voces de la cabina apenas se distinguían.

Después de un tiempo —dos horas, tal vez tres —podía oír los sonidos de otros vehículos, los motores rugiendo, las bocinas sonando. Más allá de eso había vendedores ambulantes

pregonando y civiles gritando, riendo, conversando. «Una ciudad», se dio cuenta Yosef. «Estamos en una ciudad. ¿Qué ciudad? ¿Y por qué?»

El camión disminuyó la velocidad y de repente una voz áspera y profunda estaba directamente en su oído. —Eres mi mensajero —No había ninguna duda; la voz pertenecía a bin Saddam —. Estamos en Bagdad. Dos cuadras al este está la embajada americana. Voy a liberarte, y tú vas a ir allí. No te detengas por nada. No hables con nadie hasta que llegues. Quiero que les cuentes lo que te pasó a ti y a tus compatriotas. Quiero que les digas que fue la Hermandad la que hizo esto, y su líder, Awad bin Saddam. Haz esto y te habrás ganado tu libertad. ¿Entiendes?

Yosef asintió. Estaba confundido por el contenido de un mensaje tan simple y por qué tenía que entregarlo, pero deseoso de liberarse de esta Hermandad.

El saco de arpillera fue arrancado de encima de su cabeza, y al mismo tiempo fue empujado bruscamente desde la parte trasera del camión. Yosef gruñó mientras golpeaba el pavimento y rodaba. Un objeto salió por detrás de él y aterrizó cerca, algo pequeño y marrón y rectangular.

Era su cartera.

Parpadeó a la repentina luz del día, los transeúntes se detuvieron con asombro al ver a un hombre atado a las muñecas lanzado desde la parte trasera de un vehículo en movimiento. Pero el camión no se detuvo; siguió rodando y desapareció en el denso tráfico de la tarde.

Parpadeó a la repentina luz del día, los transeúntes se detuvieron con asombro al ver a un hombre atado a las muñecas lanzado desde la parte trasera de un vehículo en movimiento. Pero el camión no se detuvo; siguió rodando y desapareció en el denso tráfico de la tarde.

Yosef agarró su cartera y se puso de pie. Sus ropas estaban sucias y estropeadas; le dolían las extremidades. Su corazón se rompió por Avi y por Idan. Pero él era libre.

Bajó tambaleándose por la cuadra, ignorando las miradas de los ciudadanos de Bagdad mientras se dirigía a la embajada de EE.UU. Una gran bandera americana le guiaba desde lo alto de un poste.

Yosef estaba a unos veinticinco metros de la alta valla de alambre de espino que rodeaba la embajada cuando un soldado americano le llamó. Había cuatro de ellos apostados en la puerta, cada uno armado con un rifle automático y con equipo táctico completo.

—¡Alto! —ordenó el soldado. Dos de sus camaradas nivelaron sus armas en su dirección mientras el sucio y atado Yosef, medio deshidratado y sudoroso, se detuvo en su camino—. ¡Identifíquese!

—Mi nombre es Yosef Bachar —llamó en inglés—. Soy uno de los tres periodistas israelíes que fueron secuestrados por insurgentes islámicos cerca de Albaghdadi.

—Avisa de esto —le dijo el soldado al mando a otro. Con dos armas aún apuntadas a Yosef, el soldado se acercó a él

cautelosamente, con su rifle en ambos brazos y un dedo en el gatillo—. Ponga las manos en la cabeza.

Yosef fue registrado minuciosamente en busca de armas, pero lo único que el soldado encontró fue su cartera y dentro de ella, su identificación. Se hicieron llamadas, y quince minutos después Yosef Bachar fue admitido en la embajada de los EE.UU.

Le cortaron las cuerdas de las muñecas y lo llevaron a una oficina pequeña y sin ventanas, aunque no incómoda. Un joven le trajo una botella de agua, que él bebió agradecido.

Unos minutos más tarde, un hombre con un traje negro y el pelo peinado a juego entró. —Sr. Bachar —dijo—, mi nombre es Agente Cayhill. Estamos al tanto de su situación y nos alegra mucho verlo sano y salvo.

—Gracias —dijo Yosef—. Mi amigo Avi no fue tan afortunado.

—Lo siento —dijo el agente americano—. Su gobierno ha sido notificado de su presencia aquí, al igual que su familia. Vamos a organizar el transporte para que vuelvas a casa lo antes posible, pero primero nos gustaría hablar de lo que te ha pasado. — Señaló hacia arriba donde la pared se encontraba con el techo. Una cámara negra estaba dirigida hacia abajo, hacia Yosef—.

Nuestro intercambio se está grabando, y el audio de nuestra conversación se está transmitiendo en vivo a Washington, D.C. Es su derecho a negarse a ser grabado. Puede tener un embajador u otro representante de su país presente si desea...

Yosef agitó una mano cansada. —Eso no es necesario. Quiero

hablar.

—Cuando esté listo entonces, Sr. Bachar.

Así que lo hizo. Yosef detalló el calvario de tres días, comenzando con la caminata hacia Albaghdadi y su coche siendo detenido en un camino del desierto. Los tres, Avi, Idan y él, habían sido obligados a subir a la parte trasera de un camión con bolsas sobre sus cabezas. Las bolsas no se quitaron hasta que estuvieron en el sótano del complejo, donde pasaron tres días en la oscuridad. Les contó lo que le había pasado a Avi, con la voz temblorosa. Les habló de Idan, que seguía allí en el complejo y a merced de esos renegados.

—Afirmaron que me habían liberado para entregar un mensaje —concluyó Yosef—. Querían que supieras quién era el responsable de esto. Querían que supieras el nombre de su organización, la Hermandad, y el de su líder, Awad bin Saddam. —Yosef suspiró—. Es todo lo que sé.

El agente Cayhill asintió profundamente. —Gracias, Sr. Bachar. Su cooperación es muy apreciada. Antes de que veamos cómo llevarle a casa, tengo una última pregunta. ¿Por qué te enviaron a nosotros? ¿Por qué no a su propio gobierno, a su gente?

Yosef agitó la cabeza. Se había preguntado eso desde que entró en la embajada. —No lo sé. Todo lo que dijeron fue que querían que ustedes, los americanos, supieran quién era el responsable.

La ceja de Cayhill se arrugó profundamente. Llamaron a la

puerta de la pequeña oficina, y luego una joven mujer se asomó. —Lo siento señor —dijo en voz baja—, pero la delegación está aquí. Están esperando en la sala de conferencias C.

—Un momento, gracias —dijo Cayhill.

En el mismo instante en que la puerta se cerró de nuevo, el piso debajo de ellos explotó. Yosef Bachar y el agente Cayhill, junto con otras sesenta y tres almas, fueron incinerados al instante.

*

Apenas dos cuadras hacia el sur, un camión con una cúpula de lona extendida sobre una base se estacionó en la acera, en línea directa con la embajada americana a través de su parabrisas.

Awad observó, sin parpadear, como las ventanas de la embajada explotaron, enviando bolas de fuego al cielo. El camión se estremeció con la explosión, incluso desde esta distancia. El humo negro se elevó en el aire mientras las paredes se doblaban y caían, y la embajada americana se desplomó sobre sí misma.

Conseguir casi su propio peso en explosivos plásticos había sido la parte fácil, ahora que tenía acceso indiscutible a la fortuna de Hassan. Incluso secuestrar a los periodistas había sido bastante simple. No, la dificultad había sido obtener credenciales falsas que fueran lo suficientemente realistas para que él y otros tres se hicieran pasar por trabajadores de mantenimiento. Había sido necesario contratar a un tunecino lo suficientemente capacitado para crear verificaciones de antecedentes falsas y para

piratear la base de datos a fin de introducirlas como contratistas aprobados que permitieran el acceso a la embajada.

Sólo entonces Awad y la Hermandad pudieron guardar los explosivos en un pasillo de mantenimiento bajo los pies de los americanos, como lo habían hecho dos días antes, haciéndose pasar por fontaneros que reparaban una tubería rota.

Esa parte no había sido sencilla ni barata, pero valió la pena para cumplir los objetivos de Awad. No, la parte fácil había sido meter el chip de detonación de alta tecnología en la cartera del periodista y enviarlo hacia lo que el hombre tonto pensaba que era la libertad. La bomba no habría detonado sin el chip a su alcance.

El israelí, esencialmente, había volado la embajada para ellos.

—Vamos —le dijo a Usama, quien dirigió el camión de vuelta a la carretera. Se rodearon de vehículos estacionados, los conductores se detuvieron justo en medio de la calle en el temor de la explosión. Los peatones corrían gritando desde el lugar de la explosión mientras partes de los muros exteriores del edificio continuaban colapsando.

—No lo entiendo —refunfuñó Usama mientras intentaba recorrer las calles asfixiadas llenas de gente en pánico—. Hassan me dijo cuánto se gastó en este esfuerzo. ¿Todo para qué? ¿Para matar a un periodista y a un puñado de americanos?

—Sí —dijo Awad pensativo—. Un selecto puñado de americanos. Me llamó la atención recientemente que una delegación del Congreso de los Estados Unidos visitaba Bagdad

como parte de una misión de buena voluntad.

—¿Qué clase de delegación? —Preguntó Usama.

Awad sonrió con suficiencia; su ingenuo hermano no entendía, o simplemente no podía entender —razón por la cual Awad aún no había compartido todo el alcance de su plan con el resto de la Hermandad. —Una delegación del Congreso —repitió—. Un grupo de líderes políticos americanos; más específicamente, líderes de Nueva York.

Usama asintió como si entendiera, pero su ceño fruncido dijo que todavía estaba lejos de la comprensión. —¿Y ese era tu plan? ¿Matarlos?

—Sí —dijo Awad—. Y para que los americanos nos conozcan. «Además de darme a conocer a mí». Ahora debemos volver al recinto y prepararnos para la siguiente parte del plan. Tenemos que darnos prisa. Vendrán por nosotros.

—¿Quiénes lo harán? —Preguntó Usama.

Awad sonrió mientras miraba a través del parabrisas los restos ardientes de la embajada. —Todos.

CAPÍTULO OCHO

—Muy bien —dijo Reid—. Pregúntame lo que quieras y seré honesto. Tómame el tiempo que necesites.

Se sentó frente a sus hijas en una cabina de la esquina de un restaurante de fondue en uno de los hoteles de lujo de Engelberg-Titlis. Después de que Sara le dijera en la cabaña que quería saber la verdad, Reid sugirió que se fueran a otro lugar, lejos de la sala común de la cabaña de esquí. Su propia habitación parecía un lugar demasiado tranquilo para un tema tan intenso, así que las llevó a cenar con la esperanza de proporcionar algo de ambiente casual mientras hablaban. Había escogido este lugar específicamente porque cada cabina estaba separada por particiones de vidrio, dándoles un poco de privacidad.

Incluso así, mantuvo su voz baja.

Sara miró fijamente a la mesa durante un largo rato, pensando. —No quiero hablar de lo que pasó —dijo al final.

—No tenemos por qué hacerlo —acordó Reid—. Sólo hablaremos de lo que tú quieres, y te prometo la verdad, como con tu hermana.

Sara le echó un vistazo a Maya. —¿Tú... sabes cosas?

—Algunas —admitió ella—. Lo siento, Chillona. No creí que estuvieras lista para escucharlo.

Si Sara estaba enfadada o molesta por esta noticia, no lo demostró. En su lugar, mordió su labio inferior por un momento,

formando una pregunta en su cabeza, y luego preguntó: No eres sólo un profesor, ¿verdad?

—No —Reid había asumido que aclarar lo que era y lo que hacía sería una de sus principales preocupaciones—. No lo estoy haciendo. Soy... mejor dicho, era un agente de la CIA. ¿Sabes lo que eso significa?

—Como... ¿un espía?

Él retrocedió. —Más o menos. Había algo de espionaje involucrado. Pero se trata más bien de evitar que la gente mala haga cosas peores.

—¿Qué quieres decir con «era»? —preguntó.

—Bueno, no voy a hacer eso nunca más. Lo hice por un tiempo, y luego cuando... —Se aclaró la garganta—. Cuando mamá murió, me detuve. Durante dos años no estuve con ellos. Luego, en febrero, me pidieron que volviera. «Es una forma suave de decirlo», se regañó a sí mismo. —¿Esa cosa en las noticias, con las Olimpiadas de Invierno y el bombardeo del foro económico? Yo estaba ahí. Ayudé a detenerlo.

—¿Así que eres un hombre bueno?

Reid parpadeó sorprendido ante la pregunta. —Por supuesto que sí. ¿Creíste que no lo era?

Esta vez Sara se encogió de hombros, sin responder a su mirada. —No lo sé —dijo en voz baja—. Escuchar todo esto, es como... como...

—Como conocer a un extraño —murmuró Maya—. Un extraño que se parece a ti. —Sara asintió con la cabeza.

Reid suspiró. —No soy un extraño —insistió—. Sigo siendo tu padre. Soy la misma persona que siempre he sido. Todo lo que sabes de mí, todo lo que hemos hecho juntos, todo eso fue real. Todo esto... todo esto, era un trabajo. Ahora ya no lo es.

«¿Era eso la verdad?» se preguntaba. Quería creer que era... que Kent Steele no era más que un alias y no una personalidad.

—Entonces —empezó Sara—, esos dos hombres que nos persiguieron en el paseo marítimo...

Dudó, sin estar seguro de si esto era demasiado para que ella lo escuchara. Pero había prometido honestidad. —Eran terroristas —le dijo—. Eran hombres que intentaban llegar a ti para hacerme daño. Al igual que... —Se atrapó a sí mismo antes de decir nada sobre Rais o los traficantes eslovacos.

—Mira —empezó de nuevo—, durante mucho tiempo pensé que era el único que podía salir herido haciendo esto. Pero ahora veo lo equivocado que estaba. Así que he terminado. Todavía trabajo para ellos, pero hago cosas administrativas. No más trabajo de campo.

—¿Así que estamos a salvo?

El corazón de Reid se rompió de nuevo no sólo por la pregunta, sino por la esperanza en los ojos de su hija menor. «La verdad», se recordó a sí mismo. —No —le dijo—. La verdad es que nadie nunca lo es realmente. Por muy maravilloso y bello que pueda ser este mundo, siempre habrá gente malvada que quiera hacer daño a los demás. Ahora sé de primera mano que hay mucha gente buena que se asegura de que haya menos gente

malvada cada día. Pero no importa lo que hagan, o lo que yo haga, no puedo garantizar que estarás a salvo de todo.

No sabía de dónde venían estas palabras, pero parecía que eran tanto para su propio beneficio como para el de sus chicas. Era una lección que necesitaba aprender. —Eso no significa que no lo intente —añadió—. Nunca dejaré de intentar mantenerlas a salvo. Así como ustedes siempre deben tratar de mantenerse a salvo también.

—¿Cómo? —Sara preguntó. La mirada lejana estaba en sus ojos. Reid sabía exactamente lo que estaba pensando: «¿cómo podía ella, una niña de catorce años que pesaba treinta y seis kilos empapada, evitar que algo como el incidente volviera a suceder?»

—Bueno —dijo Reid—, aparentemente tu hermana se ha estado escabullendo a una clase de defensa personal.

Sara miró fijamente a su hermana. —¿En serio?

Maya puso los ojos en blanco. —Gracias por venderme, papá.

Sara le echó un vistazo. —Quiero aprender a disparar un arma.

—Guau —Reid levantó una mano—. Pisa el freno, pequeña. Esa es una petición bastante seria...

—¿Por qué no? —Maya se metió—. ¿No crees que somos lo suficientemente responsables?

—Por supuesto que sí —respondió rotundamente—, yo sólo...

—Dijiste que también deberíamos mantenernos a salvo —añadió Sara.

—Yo dije eso, pero hay otras maneras de...

—Mi amigo Brent ha ido de caza con su padre desde que tenía doce años. —Maya intervino—. Sabe cómo disparar un arma. ¿Por qué nosotras no?

—Porque eso es diferente —dijo Reid con fuerza—. Y nada de hacer alianzas. Es injusto. —Hasta entonces, había pensado que esto iba bastante bien, pero ahora estaban usando sus propias palabras contra él. Señaló a Sara— ¿Quieres aprender a disparar? Puedes hacerlo. Pero sólo conmigo. Y primero, quiero que te pongas al día con la escuela y quiero informes positivos de la Dra. Branson. Y de ti. —Señaló a Maya—. No más clases secretas de autodefensa, ¿de acuerdo? No sé qué te está enseñando ese tipo. Si quieres aprender a pelear, a defenderte, me dices.

—¿En serio? ¿Me enseñarás? —Maya parecía optimista ante la perspectiva.

—Sí, lo haré —Él tomó su menú y lo abrió—. Si tienen más preguntas, las contestaré. Pero creo que eso es suficiente para una noche, ¿sí?

Se consideraba afortunado de que Sara no le hubiera preguntado nada que no pudiera responder. No quería tener que explicar el supresor de la memoria, que podría complicar las cosas y reforzar su duda sobre quién era, pero tampoco quería tener que responder que no sabía algo. Sospecharían inmediatamente que se lo estaba ocultando.

«Eso lo confirma», pensó. Tenía que hacerlo, y pronto. No más esperas ni excusas.

—Oigan —dijo en su menú—, ¿qué les parece si vamos a

Zúrich mañana? Es una ciudad hermosa. Toneladas de historia, compras y cultura.

—Claro —Maya estuvo de acuerdo. Pero Sara no dijo nada. Cuando Reid miró su menú de nuevo, su cara estaba arrugada en un ceño pensativo—. ¿Sara? —preguntó él.

Ella lo miró. —¿Mamá lo sabía?

La pregunta había sido una bola curva una vez cuando Maya había preguntado, apenas hace un mes, y lo tomó por sorpresa al escucharla de nuevo de Sara.

Negó con la cabeza. —No. No lo sabía.

—¿No es eso... —Dudó, pero luego tomó un respiro y preguntó—: ¿No es eso algo así como mentir?

Reid dobló su menú y lo dejó sobre la mesa. De repente ya no tenía mucha hambre. —Sí, cariño. Es exactamente como mentir.

*

A la mañana siguiente, Reid y las chicas tomaron el tren al norte de Engelberg a Zúrich. No hablaron más sobre su pasado, o sobre el incidente; si Sara tenía más preguntas, las retuvo, al menos por ahora.

En cambio, disfrutaron de las vistas panorámicas de los Alpes suizos en el viaje de dos horas en tren, tomando fotos a través de la ventana. Pasaron la última mañana disfrutando de la impresionante arquitectura medieval de la Ciudad Vieja y caminaron por las orillas del río Limmat. A pesar de no pretender

disfrutar de la historia tanto como él, ambas chicas se quedaron atónitas por la belleza de la catedral de Grossmünster del siglo XII (aunque se quejaron cuando Reid empezó a darles lecciones sobre Huldrych Zwingli y sus reformas religiosas del siglo XVI que tuvieron lugar allí).

Aunque Reid se lo pasaba muy bien con sus hijas, su sonrisa era al menos parcialmente forzada. Estaba ansioso por lo que se avecinaba.

—¿Qué sigue? —Maya preguntó después de un almuerzo en un pequeño café con vistas al río.

—¿Sabes lo que sería realmente genial después de una comida como esa? —Reid dijo—. Una película.

—Una película —repetía su hija mayor sin rodeos—. Sí, definitivamente deberíamos haber venido hasta Suiza para hacer algo que podamos hacer en casa.

Reid sonrió. —No cualquier película. El Museo Nacional Suizo no está lejos, y están mostrando un documental sobre la historia de Zúrich desde la Edad Media hasta el presente. ¿No suena genial?

—No —dijo Maya.

—No realmente —Sara estuvo de acuerdo.

—Huh. Bueno, yo soy el padre, y digo que vayamos a verlo. Entonces podemos hacer lo que ustedes dos quieran hacer y no me quejaré. Lo prometo.

Maya suspiró. —Lo justo es justo. Lidera el camino.

En menos de diez minutos llegaron al Museo Nacional Suizo,

el cual realmente estaba exhibiendo un documental sobre la historia de Zúrich. Y Reid estaba realmente interesado en verlo. Y aunque compró tres entradas, sólo tenía la intención de usar dos de ellos.

—Sara, ¿necesitas usar el baño antes de que entremos? —él preguntó.

—Buena idea —Ella se metió en el baño. Maya empezó a seguirla, pero Reid la agarró rápidamente por el brazo.

—Espera. Maya... tengo que irme.

Ella le parpadeó. —¿Qué?

—Hay algo que tengo que hacer —dijo rápidamente—. Tengo una cita. —Maya levantó una ceja con recelo—. ¿Haciendo qué?

—No tiene nada que ver con la CIA. Al menos, no directamente.

Ella se burló. —No puedo creerlo.

—Maya, por favor —le suplicó—. Esto es importante para mí. Te lo prometo, te lo juro, no es trabajo de campo ni nada peligroso. Sólo tengo que hablar con alguien. En privado.

Las fosas nasales de su hija se abrieron. No le gustó ni un poquito, y peor aún, no le creyó de verdad. —¿Qué le digo a Sara?

Reid ya había pensado en eso. —Dile que hubo un problema con mi tarjeta de crédito. Alguien en casa tratando de usarla, y que tengo que aclararlo para no tener que dejar la cabaña de esquí. Dile que estoy afuera, haciendo llamadas telefónicas.

—Oh, está bien —dijo Maya burlonamente—. Quieres que le

mienta.

—Maya... —Reid se quejó. Sara saldría del baño en cualquier momento—. Te prometo que te lo contaré todo después, pero no tengo tiempo ahora. Por favor, entra ahí, siéntate y mira la película con ella. Volveré antes de que termine.

—Bien —aceptó a regañadientes—. Pero quiero una explicación completa cuando vuelvas.

—Tendrás una —prometió—. Y no dejes ese teatro. —Le besó la frente y se fue corriendo antes de que Sara saliera del baño.

Se sintió horrible, una vez más mintiéndole a sus chicas, o al menos ocultándoles la verdad, como Sara había señalado astutamente la noche anterior, era más o menos lo mismo que mentir.

«¿Es así como siempre será?» se preguntó mientras salía apresuradamente del museo. «¿Habrá algún momento en que la honestidad sea realmente la mejor política?»

No sólo le había mentido a Sara. También le había mentido a Maya. No tenía ninguna cita. Sabía dónde estaba la consulta del Dr. Guyer (convenientemente cerca del Museo Nacional Suizo, que Reid había considerado en su plan) y sabía por una llamada anónima que el doctor estaría hoy, pero no se atrevió a dejar su nombre o a pedir una cita formal. No sabía en absoluto quién era este Guyer, aparte del hombre que había implantado el supresor de memoria en la cabeza de Kent Steele dos años antes. Reidigger había confiado en el doctor, pero eso no significaba que Guyer no tuviera algún tipo de vínculo con la agencia. O peor, podrían

estar vigilándolo.

«¿Y si sabían lo del doctor?» Se preocupó. «¿Y si lo han estado vigilando todo este tiempo?»

Era demasiado tarde para preocuparse por eso ahora. Su plan era simplemente ir allí, conocer al hombre, y averiguar qué podía hacer, si acaso, con la pérdida de memoria de Reid. «Considérelo una consulta», bromeó para sí mismo mientras caminaba a paso ligero por la Löwenstrasse, paralela al río Limmat y hacia la dirección que había encontrado en Internet. Tenía unas dos horas antes de que el documental del museo terminara. Suficiente tiempo, o eso supuso.

El consultorio de neurocirugía del Dr. Guyer estaba ubicado en un amplio edificio profesional de cuatro pisos, justo al lado de un bulevar principal y al otro lado de un patio de una catedral. La estructura era de arquitectura medieval, muy lejos de los edificios médicos americanos a los que estaba acostumbrado; era más bonito que la mayoría de los hoteles en los que se había alojado Reid.

Subió las escaleras hasta el tercer piso y encontró una puerta de roble con una aldaba de bronce y el nombre GUYER inscrito en una placa de latón. Se detuvo un momento, sin estar seguro de lo que encontraría en el otro lado. Ni siquiera estaba seguro de lo común que era que los neurocirujanos tuvieran consultas privadas en edificios de lujo en la Ciudad Vieja de Zúrich, pero tampoco recordaba haber necesitado visitar una antes.

Intentó con la puerta; estaba abierta.

El gusto y la riqueza del médico suizo fueron inmediatamente evidentes. Las pinturas en las paredes eran en su mayoría impresionistas, coloridas composiciones abiertas en marcos ornamentados que parecían costar tanto como algunos coches. El van Gogh era definitivamente una impresión, pero si no se equivocaba, la escultura delgada de la esquina parecía ser un Giacometti original.

«Ni siquiera lo sabría si no fuera por Kate», pensó, reforzando su razón de estar aquí mientras cruzaba la pequeña habitación hacia un escritorio en el lado opuesto.

Hubo dos cosas que le llamaron la atención inmediatamente al otro lado del área de recepción. La primera fue el escritorio mismo, tallado en un solo trozo de palisandro de forma irregular con patrones oscuros y arremolinados en el grano. «Cocobolo», se dio cuenta. «Ese es fácilmente un escritorio de seis mil dólares».

Se negó a dejarse impresionar por el arte o el escritorio, pero la mujer que estaba detrás era otra cosa. Ella miró a Reid de manera uniforme con una ceja perfecta arqueada y una sonrisa en sus labios. Su pelo rubio enmarcaba los contornos de un rostro exquisitamente formado y la piel de porcelana. Sus ojos parecían demasiado azules y cristalinos para ser reales.

—Buenas tardes —dijo en inglés con un ligero acento suizo-alemán—. Por favor, tome asiento, Agente Cero.

CAPÍTULO NUEVE

El instinto de lucha o huida de Reid surgió inmediatamente después de las palabras de la recepcionista. Y como estaba claro para él que no iba a pelear con esta mujer, más claro aún, decidió huir. Pero a mitad de camino de vuelta a la puerta escuchó un fuerte chasquido.

La manija de la puerta sonó, pero no se movió.

Se giró y vio la mano de la mujer bajo su costoso escritorio. «Debe haber un botón. Un mecanismo de cierre remoto».

«Esto es una trampa».

—Déjame salir —advirtió—. No sabes de lo que soy capaz.

—Lo sé —respondió ella—. Y le aseguro que no corre ningún peligro. ¿Quiere un poco de té? —Su tono era pacificador, como si se tratara de un esquizofrénico que se había saltado sus medicinas.

Las palabras casi le fallan. —¿Té? No, no quiero té. Quiero irme. —Golpeó su hombro contra la pesada puerta, pero no se movió.

—Eso no funcionará —dijo la mujer—. Por favor, no te hagas daño.

Se volvió hacia ella. Se había levantado de su escritorio y había extendido las manos de forma no amenazadora. «Pero ella te encerró aquí», se recordó a sí mismo. «Así que tal vez luches contra esta mujer».

—Me llamo Alina Guyer —dijo—. ¿Me recuerdas?

«¿Guyer? Pero la carta de Reidigger decía que el doctor era un “él”». Además, Reid estaba bastante seguro de que no olvidaría una cara como esa. Era realmente hermosa.

—No —dijo—. No te recuerdo. No recuerdo haber estado aquí y fue un error venir aquí. Si no me dejas salir, van a pasar cosas malas...

—Dios mío —dijo una voz masculina en voz baja—. Eres tú.

Reid inmediatamente levantó los puños mientras se dirigía hacia la nueva amenaza.

El doctor, presumiblemente, ya que llevaba una bata blanca, se paró en el umbral de una puerta a la izquierda del escritorio del cocobolo. Debía tener unos cincuenta o sesenta años, aunque sus ojos verdes eran agudos y nítidos. Su pelo completamente blanco estaba bien recortado y rajado de forma impecable. Su corbata, Reid señaló, era Ermenegildo Zegna, aunque no estaba seguro de cómo lo sabía.

Lo más importante de todo, sin embargo, es que el doctor parecía totalmente asombrado por la presencia de Reid.

—Dr. Guyer, ¿supongo? —dijo sin aliento.

—Siempre pensé que podrías volver —dijo el doctor, con una amplia sonrisa en su rostro. Tenía un acento suizo-alemán similar al de su recepcionista, a quien se dirigió cuando dijo—: Alina, querida, cancela mis citas. No me pases llamadas. Mantén el seguro puesto. Estamos cerrados por hoy.

—Por supuesto —dijo Alina mientras se hundía lentamente de

vuelta a su silla, sin apartar sus ojos, parecidos a un lago, de Reid.

—¡Ven! —Guyer hizo un gesto para que Reid lo siguiera—. Por favor, ven. Te prometo que estás en compañía de amigos aquí.

Reid dudó. —Entiendes que podría ser un poco desconfiado.

Guyer asintió apreciablemente. —Entiendo que tenemos mucho que discutir. —Se dio la vuelta y desapareció por la puerta.

«Esto se siente mal». Tenían una cerradura de puerta remota, sin pacientes presentes, y una pequeña fortuna en muebles. Pero quería respuestas, así que Reid ignoró su instinto de huir y siguió al doctor.

Antes de que entrara por la puerta, la recepcionista, que Reid suponía que era la mujer de Guyer, le miró con una fina sonrisa y le preguntó: ¿Qué hay del té?

—Tal vez algo más fuerte, si tienes —murmuró Reid.

Las paredes de la oficina de Guyer contenían un número impresionante de certificaciones y diplomas enmarcados, así como una serie de fotografías de diversos viajes y logros. Pero Reid apenas les echó un vistazo. No le importaba nada de lo que este doctor había hecho aparte del único procedimiento que Guyer había realizado en su cabeza.

El doctor abrió un cajón del escritorio y sacó un cuaderno y un bolígrafo, y luego se sentó pesadamente en su silla, sonriendo a Reid como si fuera la mañana de Navidad.

—Por favor —dijo—. Tome asiento, Agente Cero. —Guyer

suspiró—. Siempre sospeché que podrías volver aquí. Sólo que no sabía cuándo. Asumí que el implante eventualmente fallaría, si sobrevivías, ¿pero sólo dos años? Eso es simplemente una chapuza de artesanía. —Se echó a reír como si hubiera contado un chiste—. Ahora que estás aquí, tengo mil preguntas. Pero me temo que no sé por dónde empezar.

Reid se sentó en una silla frente al escritorio de Guyer, manteniendo la guardia alta y su periferia en la puerta detrás de él. Echó un vistazo a su reloj y vio un mensaje de Maya: *Sara se lo creyó. Será mejor que estés aquí cuando la película termine.*

Cierto, pensó. No importaba lo que pasara aquí, no podía olvidar que tenía un horario. —Sé por dónde empezar —dijo Reid—. ¿Qué quieres decir con que el implante eventualmente fallaría?

—¿Si sabes dónde se adquirió esta tecnología? —preguntó el doctor.

Reid lo sabía. Alan Reidigger lo había robado de la CIA; de hecho, el excéntrico ingeniero técnico Bixby fue coinventor del supresor de memoria. “Sí”, respondió.

—Bueno, su amigo el Sr. Reidigger hizo un trato conmigo —dijo Guyer—. No sólo me trajo el supresor de memoria, sino también el esquema sobre el que se construyó para que yo pudiera intentar copiar su tecnología. Sin embargo, al estudiarlo, vi la falla en su diseño. Era, después de todo, sólo un prototipo. Calculé que empezaría a fallar después de cinco o seis años.

—¿Empezar a fallar? —Reid repitió—. ¿Así que estos

recuerdos habrían vuelto a mí eventualmente de todos modos?

—Bueno... sí —dijo el doctor en blanco—. ¿No es por eso que estás aquí? ¿Has empezado a recuperar los recuerdos que fueron suprimidos?

—No del todo. Unos terroristas iraníes me quitaron el implante de la cabeza.

La expresión del Dr. Guyer se aflojó. —Oh —dijo con empatía—, eso es muy desafortunado. Pobre hombre... Tu mente debe ser un desastre.

—Lo es. Gracias —dijo Reid simplemente—. ¿Qué hay de la otra parte? Dijiste «si sobrevivía». ¿Qué significa eso?

Guyer miró su escritorio como si hubiera algo muy interesante allí. —Creo que esa pregunta la responderá mejor su colega el Sr. Reidigger.

—Él no puede responder —le dijo Reid—. Está muerto.

Guyer parecía muy preocupado por la noticia. Dobló sus manos reverentemente sobre el escritorio con la frente arrugada, los pliegues de su frente lo envejecieron varios años. —Siento mucho oír eso —dijo en voz baja—. Parecía un buen hombre. Se esforzó mucho por ayudar a un amigo.

—Puede que sea así, pero él no está aquí —dijo Reid simplemente—. Yo sí estoy. Y no has respondido a mi pregunta.

El doctor asintió con la cabeza. —Sí. Bueno. No es una respuesta sencilla, ni una que quieras oír...

—Pruébame.

Guyer suspiró. —El Sr. Reidigger y usted querían suprimir

sus recuerdos para que usted pudiera vivir sus días con su familia, felizmente inconscientes de las dificultades que había enfrentado. Pero ambos pensaron que su agencia los encontraría eventualmente y... y los silenciaría.

«¿Qué?» Reid no podía creer lo que estaba escuchando. Todo este tiempo había pensado que el propósito del supresor era que volviera a una vida normal, lejos de la CIA y de todo lo que la acompañaba. —¿Estás sugiriendo que yo sabía, o pensaba, que me matarían? ¿Y aun así estuve de acuerdo con esto?

—Eso es correcto, Agente Cero.

Reid negó con la cabeza. «¿Por qué iba a hacer eso? ¿Por qué me quitaría algo que me hubiera dado una oportunidad de luchar?» Se sentía como si se hubiera condenado a sí mismo a una especie de hospicio de la memoria. Nunca imaginó que lo pensaría, pero la intrusión de los iraníes en su casa esa noche de febrero fue repentinamente bienvenida. Sin ella, nunca habría recordado su sórdido pasado, o la verdad sobre la muerte de su esposa, o nada sobre la conspiración...

Entonces se dio cuenta. Por eso lo hizo, para que el tiempo que le quedaba no se viviera en pesados secretos y mentiras. Todo lo que sabía, todo lo que había compartido con sus chicas y todo lo que aún les ocultaba, se sentía como si le estuviera carcomiendo lentamente. Si hubiera creído realmente que la agencia acabaría con él de todos modos, el supresor le habría permitido vivir sin el peso de su pasado sobre sus hombros.

—No puedo hablar por sus motivaciones personales, Agente

Cero —dijo Guyer—. Pero usted estuvo de acuerdo con todo esto. Lo tengo en video. —Hizo una pausa por un momento antes de preguntar—: ¿Le gustaría verlo?

Reid dudó. —Sí —dijo eventualmente—. Creo que lo haré.

El Dr. Guyer se levantó de su silla, pero mientras lo hacía, un nuevo recuerdo pasó por la mente de Reid.

«Estabas sentado en esta misma oficina. En la misma silla».

«A su lado hay un rostro amigable con una sonrisa juvenil, el pelo oscuro bien separado. Alan Reidigger».

«Guyer se sienta detrás del escritorio con una cámara de video».

«Reidigger asiente con la cabeza una vez para tranquilizarte».

«—Me llamo Kent Steele —comienzas—. Este video es para confirmar que consiento en un procedimiento neuroquirúrgico experimental que será realizado por el Dr. Edgar Guyer...»

Reid movió la cabeza. —Olvídalo —le dijo a Guyer—. No hay necesidad del video.

El doctor, aún de pie detrás de su escritorio, miró a Reid con los ojos abiertos y atentos. —Acaba de suceder, ¿no? ¿Un recuerdo regresó a usted?

—Sí.

—Increíble —Guyer respiró—. Dime, ¿cuál fue el detonante?

—Um... una combinación de cosas, supongo —dijo Reid—.

La palabra «video». Estar aquí en esta oficina, viéndote.

—Dime, ¿qué otros desencadenantes has experimentado? —

Guyer se hundió de nuevo en su asiento y tomó su bolígrafo.

—Normalmente son cosas que oigo —explicó Reid—. Pero eso no siempre es suficiente por sí solo. Es una mezcla de cosas: estar en un lugar particular, escuchar algo, a veces incluso un olor...

Guyer garabateó furioso en el cuaderno mientras decía: ¿Así que ninguna recepción sensorial está recuperando los recuerdos? El estímulo visual o auditivo por sí solo no es suficiente... fascinante. ¿Puedes darme un ejemplo?

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.